

FBI

OPERATION SPY TRAP

LA
FORMULA
DEL
MIEDO

R

MORTIMER CODY



FBI



La fórmula del miedo

MORTIMER CODY

Primera edición

EDITORIAL HOLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLÁN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal:

Printed in Spain.

MATEU-CROMO, S. A. - CTRA. PINTO A FUENLABRADA, S/N - PINTO (MADRID)

CAPITULO I

En el despacho del inspector O'Manney, jefe de la Delegación del F.B.I. en Nueva York, los dos hombres estaban confortablemente sentados en sendos sillones. Uno de los hombres era el propio inspector, situado tras su escritorio. El otro hombre, era el agente especial Flittner.

Ambos fumaban casi sin hablar, en clara actitud de espera. Se estaba bien allí en efecto, aunque el ambiente, para ser más agradable, debería tener un par de grados menos de temperatura. La calefacción, en Nueva York, por lo general, suele estar demasiado alta.

El inspector consultó su reloj de pulsera.

—¿No ha dicho qué quiere? —inquirió el agente especial Flittner.

—No.

—Es un poco misterioso, señor.

El inspector hizo un gesto de escepticismo.

—Ya veremos, nunca se sabe —dijo.

Flittner iba a agregar algo, pero el "intercom" desgranó una voz en aquellos momentos:

—Ha llegado mister Tichy, señor.

—Que pase, miss Hardy. Le estamos esperando.

—Bien, señor.

Tras cesar la comunicación interior, los dos hombres del F.B.I. se dedicaron a una breve espera de un par de minutos. Se oyó la llamada en la puerta del despacho y Flittner acudió a abrir.

Quedó ante un hombre totalmente vulgar, un calvo vulgar. Un tipo de sobria elegancia, de unos cuarenta y cinco años, con un buen abrigo y el sombrero en la mano. Un hombre de ojos azules, que parecían un poco inquietos en aquellos momentos.

—Me llamo Tichy —musitó, con voz tan baja que parecía hallarse en la sala de espera del consultorio de un dentista.

—Pase, mister Tichy, por favor—dijo Flittner.

El inspector O'Manney se había puesto en pie y los dos primeros minutos se invirtieron en presentaciones y saludos. Luego, los tres

hombres se sentaron, volviendo a su comodidad anterior. El señor Tichy había colgado el abrigo y el sombrero en una percha y la impresión que daba en aquellos momentos, aparte de su vulgaridad en el rostro, era que bien podía ser uno de los tantos que fueron declarados inútiles en el Ejército por estrecho de pecho.

Y su mirada seguía siendo inquieta, cuando dijo:

—Ha sido muy amable al recibirme, inspector...

—Por favor... Es nuestra obligación, mister Tichy. Jamás desoímos una llamada.

—Bien... Quiero pedirles algo, es obvio: protección.

El inspector y Flittner cambiaron una rápida mirada.

—¿Cree correr algún riesgo, señor Tichy? —inquirió sin ningún tono especial de voz, el inspector.

—No lo sé... En realidad, creo que no—Pero... Oh, déjenme entrar en memoria. Dichas así las cosas parecen una tontería... Empezaré por mi identidad, por mi personalidad. Me llamo Broderick Tichy y soy químico. Llevo muchos años dedicado a la investigación química y biológica. Poseo un laboratorio de productos químicos, en Manhattan. Es... bastante importante. Mis instalaciones están radicadas en el 1080 de la East 69 Street. Con respecto a mí mismo y a mis actividades, lo mismo de investigación que comerciales, pueden obtener informes muy concretos, de cualquier fuente proverbial. Con todo esto, quiero decirles que me considero un ciudadano normal, honesto... Corriente en una palabra.

Y seguía con su mirada inquieta, escrutando a los dos hombres del F.B.I., quienes, por el momento, no sacaban conclusión alguna.

—Siga, señor Tichy —pidió el inspector.

—¿No van a corroborar mis afirmaciones de...?

—Tal vez más adelante. Por ahora, sigue interesándonos oírle a usted.

—Gracias. Yo..., voy a realizar un viaje a Washington. Esta misma noche, en cualquier avión—tranvía. Los hay cada dos horas, según tengo entendido.

—Así es, señor Tichy.

—Me propongo visitar, en Washington, al Secretario del Departamento de Agricultura del país.

—¿Es en relación con su actividad profesional, señor Tichy? —inquirió el inspector.

—Sí... Sí, desde luego.

—¿Y..., necesita protección para realizar ese viaje?

—No estoy seguro de necesitarla, es... sólo una precaución, que considero imprescindible. Quizá se trate tan sólo de aprensiones por mi parte, de un miedo injustificado... Sin embargo, así es: he acudido a ustedes, al F.B.I., en busca de protección, para realizar felizmente

ese viaje,

—¿Acaso viajará con algo de valor? —inquirió el inspector.

Mister Tichy se humedeció los labios.

Miró en torno, como si temiera alguna indiscreción por parte de las paredes de aquel despacho, instalado en la Delegación del F.B.I.

—Es..., muy importante, inspector... —susurró.

—¿Algún producto químico peligroso en sí, o...?

—Es un fertilizante agrícola.

—Ya.

De nuevo cambiaron una mirada O'Manney y Flittner. Por lo visto, el inspector había tenido razón al mostrarse escéptico ante el interés de aquel asunto, de aquella visita, concertada por teléfono, según la llamada del propio mister Tichy.

—¿Y bien, inspector? ¿Cuento con su colaboración? —inquirió Tichy.

—Señor Tichy..., tal vez ese fertilizante agrícola no justifique que el F.B.I. tome medidas de seguridad...

—Le aseguro que la justifica de sobra, inspector... Es... es algo que... Lo siento, pero deben perdonarme que no hable de eso ahora. Quiero tener esa entrevista personal con el Secretario Agrícola. Y temo muchas cosas..., cosas que podrían ocurrir durante el viaje. Hasta... temo un secuestro del avión...

El inspector sonrió levemente, con amabilidad, dijo:

—Le aseguro que es muy poco probable que secuestren un avión—tranvía, señor Tichy...

—Ha sido una exageración por mi parte, lo sé —aclaró rápida, excitadamente, Tichy— Lo he dicho tan sólo para que comprendan hasta qué punto llegan mis aprensiones, mi manía persecutoria en esta ocasión... Estoy obsesionado, lo admito y tengo mis motivos de los cuales, repito, prefiero no hablar ahora. Me limito a insistir: necesito escolta por parte de ustedes.

El inspector permanecía pensativo.

Flittner parecía tomar la cosa un poco a broma.

Aquel tipo, mister Tichy, lo había dicho: manías persecutorias. Tenía esa clase de manías. ¿Quién demonios iba a interesarse por un fosfato o un nitrato, por muy...?

—Tendrá esa escolta, esa protección, mister Tichy —dijo, de pronto, el inspector, sorprendiendo a Flittner, quien esperaba por parte del inspector una amable negativa, muy amable, muy dulce, pero negativa al fin.

Y de ahí que mister Tichy pareciera, aliviado, mientras que Flittner tenía el ceño alzado, en señal de perplejidad.

—Se lo agradezco, inspector. —decía mister Tichy— Le aseguro que no se trata de un capricho por mi parte. Yo..., confieso que estoy

un poco asustado por ciertas cosas. Ahora, si me permite, le explicaré mi plan de viaje. Usted puede poner al corriente a los hombres que...

—Irá el agente especial Flittner, señor Tichy —cortó el inspector— Lo considero suficiente.

Tichy pestañeó, parecía que aumentaba su nerviosismo. —Un hombre solo... —musitó— Bien, quizás sea lo mejor, así no despertaremos el interés de nadie... Usted sabrá qué clase de medidas deben tomarse en estas circunstancias, inspector. Ahora... —miró a Flittner— le explicaré lo que pienso hacer. Si algo no es de su gusto, corrijáme, se lo ruego.

Flittner se limitó a hacer un gesto, invitando a mister Tichy a seguir adelante con su plan.

Mister Tichy siguió:

—Son las... —consultó el reloj—, once y veintidós minutos... Debo dejar resueltos algunos problemas... y calculo que mi marcha podría estar dispuesta para las nueve de la noche. Es decir, a las nueve en punto estaré dispuesto para la marcha. Usted, señor Flittner, si no tiene inconveniente, podría pasar a recogerme por mi domicilio. Vivo en Queens, en Boulevard Astoria, a la vista de Wards Island, es una mansión no muy grande, pero el barrio es silencioso, me gusta... Oh, me estoy desviando de la cuestión. ¿Le parece bien a esa hora, señor Flittner?

—Tan buena como otra cualquiera... Yo debo pasar por su domicilio a recogerle.

—Sí, sí... Es el número 690. Podríamos incluso ir al aeropuerto con un coche de ustedes... De modo que usted llega, me recoge con su coche y rodamos hacia el aeropuerto. En cuanto a los pasajes...

—Yo mismo me ocuparé de eso —dijo Flittner.

—Oh, muchas gracias... Le...

—¿Mucho equipaje? Quiero decir si su fertilizante ocupa...

—No, no. Llevaré tan sólo una pequeña maleta y mi maletín especial, con ese fertilizante, el tamaño del maletín es el de un portafolios corriente. Bien... Empiezo ya a sentirle más seguro...

—¿No teme que pueda ocurrir algo antes del viaje? —inquirió el inspector.

—Realmente, no... No quiero agigantar mis temores tanto.

—Entonces, Flittner estará en su domicilio esta noche, a las nueve, con los pasajes, señor Tichy.

Durante tres minutos, mister Tichy, nervioso aún, se dedicó a dar las gracias, a despedirse, a recordar tres veces la hora de recogida a Flittner —. Por fin, cuando el tipo hubo salido del despacho, Flittner soltó un resoplido.

—Ese tipo está loco, señor —gruñó luego.

—Tal vez, Flittner... Ve con él y entérate de lo que puedas. Si todo

marcha normalmente, mañana estarás de regreso. Flittner..., entre otras cosas, me he decidido a complacer a Tichy por una razón: está muy asustado.

Flittner asintió con movimientos de cabeza.

—Asustado y nervioso, me he dado cuenta —dijo— ¿Y todo por un fertilizante agrícola?

—Bueno..., nos está ocultando algo, es obvio. Es más, lo ha dicho el propio Tichy. No quiero desentenderme de este asunto, Flittner, es todo.

—Hay mucho tiempo hasta las nueve de la noche. ¿Investigo algo sobre él y su laboratorio comercial?

—Quizá sería conveniente. A moverse, Flittner.

—Bien, señor.

* * *

Muy cierto: Astoria Boulevard es un lugar tranquilo, una calle muy ancha, con mucho jardín entre las casas y ligeramente empinada, de modo que puede verse Wards Island. También, por supuesto, toda la ribera Este de Manhattan, sus hileras de luz, hipnotizan pese a la ligera bruma de la noche, a veces, la bruma es más densa y las luces parecen ojos turbios, irritados, que pestañean continuamente.

La noche era fría, húmeda, inconvenientes de estar prácticamente a la orilla de un río, el East River en este caso.

Un coche oscuro había detenido su marcha en una esquina, poco antes de llegar al 690 de Astoria Boulevard, que correspondía a una mansión ya un tanto antigua, con reminiscencias victorianas en su construcción.

Tres hombres hablaron unos instantes, en el interior del coche ya sin luces y dos de ellos se apearon. Tras echar un vistazo en torno, echaron a andar hacia la mansión de mister Tichy. Dos sombras, dos tipos con abrigo oscuro, manos en los bolsillos y soltando chorros de vapor por la boca y orificios nasales.

Tardaron tres minutos en estar frente a la mansión y se separaron. Parecían tener estudiados sus movimientos.

Mientras, en la mansión se encendía una luz, correspondiente a un anexo, concretamente, la puerta de servicio, por la que apareció el criado de mister Tichy, Edward. Un hombre ya canoso, rondando los sesenta años, quien se dirigía hacia el sótano en el cual estaba instalada la calefacción de la casa.

Edward fue a lo suyo, a dar más fuerza al calor. Poco después, regresaba. Se metió en la mansión y cerró la puerta. Apenas tuvo tiempo de hacer algo más que sentir un intenso dolor y un infinito asombro.

Detrás de él, una sombra se había materializado, una sombra que llevaba entre las manos una cadena de motocicleta. La cadena, con rápidos y certeros movimientos del hombre, había rodeado el cuello de Edward ya muy frágil para resistir aquellos dos salvajes tirones, que le estrangularon en cuestión de segundos.

El tipo sostenía el cadáver del criado, aun colgando de la cadena, lo dejó por fin en el suelo y se aseguró de que estaba muerto. Luego moviéndose silenciosamente, pasó al vestíbulo de la mansión y de allí a la puerta principal, la abrió, dejando paso al otro hombre.

—¿Bien, Henry? —inquirió—el que acababa de entrar.

—Por ahora, sí. Vamos, todo indica que ese Tichy está en su cuarto. Creo que no habrá dificultades. —. Tú a lo tuyo, Nick, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, descuida, saldrá perfectamente.

Nick iba hacia el lugar donde estaba el criado, muerto. Por su parte, Henry estaba ya en las escaleras, subía despacio, sin producir, el menor ruido. Poco después, se encontraba en el piso, donde se alineaban las habitaciones, había luces en el pasillo, que provenían de artísticos apliques en las paredes. También se filtraba luz por debajo de una puerta y Henry se dirigió hacia allí.

Quedó inmóvil junto a la puerta, percibía algunos rumores. Luego, pasos, que se detuvieron en algún lugar del cuarto. Henry, tras vacilar unos segundos, decidió actuar. Empujó la puerta y entró en la estancia. Mister Tichy estaba frente al espejo del tocador, haciéndose el nudo de la corbata. Miró, asombrado, desconcertado, a Henry.

—¿Quién es usted? ¿Como ha...?

Tichy se interrumpió, palideció bruscamente, quizás comprendiendo y quiso retroceder, gritar, defenderse... Quiso hacer algo, sí. No obstante, Henry no se lo permitió.

Lo primero que hizo Henry fue asestar un seco puñetazo al estómago de mister Tichy quien no soportó la terrible violencia del impacto. Mister Tichy se inclinó, con la boca muy abierta, saltones los espantados ojos.

Con la visión nublada, no pudo seguir los restantes movimientos de Henry, quien, simplemente, sacó la cadena de motocicleta del bolsillo y rápida y eficazmente rodeó con ella el cuello de mister Tichy, no mucho más duro y fuerte que el de su criado.

Dos tirones.

Henry, sin duda, era un especialista. De todos modos, casi ni hacía falta serlo, bastaba poseer un poco de fuerza. Y mister Tichy, tras debatirse desesperadamente unos instantes, dejó de sufrir, quedó de cara al techo, con el rostro amoratado, casi fuera de las cuencas los ojos, con una clarísima señal en el cuello, aún sin hacer el nudo de la corbata, de los eslabones de la cadena.

Henry, tranquilamente seguro de no haber dejado sus huellas en

ella, la dejó caer sobre el cadáver. Ya no necesitaba aquella cadena

Luego, Henry miró por el cuarto, hasta ver un maletín rectangular, aplanado con forma de portafolios corriente. Lo tomó y con él en la diestra bajó al vestíbulo, donde estaba ya Nick.

Henry, al ver a Nick, esbozó una irónica sonrisa.

—Te sienta bien el uniforme de mayordomo, Nick... —dijo

—A tu sitio. Son las nueve menos dos minutos.

—Vaya...

Henry, rápidamente, desapareció en el despacho de la mansión, mientras que Nick se estiraba un poco la chaqueta negra de Edward, que le iba un poco estrecha, ciertamente. Y apenas hubo terminado de corregir su aspecto, cuando se percibió la llegada de un automóvil. Apenas medio minuto más tarde, llamaban a la puerta. Nick, entonces, fue a abrir.

—¿Señor? —inquirió.

—Soy Flittner, agente del F.B.I. Mister Tichy me espera.

—Oh, sí, señor Flittner. Entre, por favor. Mister Tichy le está esperando en su despacho.

—¿Acaso no está preparado? —inquirió Flittner.

—Pues sí... Le diré que...

—Le veré yo mismo. Tenemos un vuelo a las nueve cuarenta y cinco minutos.

Flittner alargó el paso, llegó al despacho y abrió la puerta.

Casi tropezó con un tipo, con Henry.

Henry le dirigió una sonrisa al hombre del F.B.I. Luego, hizo un gesto. Podía interpretarse, a simple vista, como el inofensivo gesto de tender la diestra al visitante. Sin embargo, nada más lejos que el cordial modo de saludar de alguien grato.

Lo que hizo Henry al alargar la diestra, fue lanzar un gran certero y mortífero golpe, con un abrecartas estremecedor, que había sido propiedad de mister Tichy. El abrecartas, tras un rumor de algo que se rasga, espeluznante, quedó, empujado en el abdomen de Flittner, quien, con el rostro súbitamente descompuesto, cubierto de sudor, lívido completamente, se estaba inclinando, aferrando con ambas manos el abdomen.

Hasta que cayó de cara.

Casi entre los pies de Henry, que sonreía, divertido.

En la puerta, Nick, asintiendo con movimientos de cabeza.

—Buen trabajo, Henry... —dijo.

—Era fácil. La sorpresa ya entiendes... Nuestro agente del FBI no esperaba este recibimiento. En fin..., uno siempre aprende cosas... Esta vez ha sido una provechosa lección, jamás confíes en alguien. ¿Vamos?

—Si está listo, por mí cuando quieras.

—Aquí está el maletín y como testigos, tres muertos, de poco van a servir, ¿no crees? Andando.

—¿No pudimos evitar la muerte del agente del F.B.I.? —gruñó Nick.

Henry se encogió de hombros.

—Nos hemos retrasado un poco en actuar —dijo— Ese tipo, el federal, habría descubierto la reciente muerte de esos dos y... En fin, no había por qué concederle un margen. Mal enemigo el F.B.I., Nick.

—Sí... Por eso...

—Vamos, vamos... John nos está esperando.

CAPITULO II

Eran aproximadamente las doce de la noche, cuando un hombre caminaba por uno de los amplios, blancos, silenciosos y asépticos pasillos de la "morgue", en la parte trasera del "Bellevue Hospital". Vio la nave en que había movimiento y penetró en ella, sin la menor vacilación.

Había dos hombres, con bata blanca y un tipo recio, no muy alto, de cabello crespo, al que el recién llegado conocía, se dirigió hacia él.

—¿Qué tal, Durbin? —inquirió.

—Vaya... ¿Qué hace aquí el tipo más duro del F.B.I.? —sonrió, levemente, el sargento Durbin, de la Brigada de Homicidios.

—Tenéis ahí el cadáver de una mujer... Dorothy Kenton, concretamente ¿No es así?

El sargento Durbin miró hacia la camilla donde estaba el bulto, cubierto por una manta, completamente cubierto, apenas podían verse unos mechones de rubio cabello.

Luego, Durbin miró, un tanto perplejo, al hombre del F.B.I., a Chris Kenosha.

—Sí, en efecto... —musitó— Nos avisaron de la "Residencia Comodoro"... Fui allá y... No creo que lo ignores: mis Kenton ha muerto envenenada con una salvaje dosis de arsénico, quisieron asegurarse, no cabe duda. Tampoco cabe duda de que murió a causa de ese veneno, ni siquiera es necesario esperar el diagnóstico de la autopsia.

—Sí... No hace mucho yo he estado también en esa Residencia...

—Es extraño, Kenosha... ¿Qué tiene que ver el F.B.I. con este asunto? Se trata de un asesinato vulgar... Oh, bueno, nadie cree que ella se suicidara con esa dosis de arsénico...

—Ya...

Chris Kenosha se acercó a la camilla y separó un poco la manta. Observó durante medio minuto el rostro de miss Dorothy Kenton. Joven, bonita... Realmente, no existía el menor motivo para un suicidio. Además, la muerte de miss Kenton era muy significativa, por el momento y las circunstancias.

Chris regresó junto al sargento Durbin.

—¿Te queda algo por hacer aquí, Durbin? —inquirió.

—No. Ya me iba.

—Bien, te acompaño.

Saludaron a los auxiliares y poco después los dos hombres caminaban por el pasillo, llegaron al patio exterior de la "morgue", húmedo y oscuro y se dirigieron hacía el "parking", donde Chris

Kenosha había estacionado su automóvil.

—Tenemos qué hablar, Durbin —dijo Chris— Tú has realizado las primeras investigaciones, cuando yo llegué a la Residencia, no quedaban rastros útiles. Se trata, sencillamente, de que debes trasladarme los informes útiles. El caso pasa a la jurisdicción del F.B.I.

Durbin asintió con movimientos de cabeza.

—Lo supuse al verte —dijo— Voy a casa, Kenosha. Podemos ir hablando por el camino.

—Sí. Métete ahí.

En un instante, los dos hombres ocuparon los asientos delanteros del coche del Servicio que utilizaba Chris Kenosha aquella noche. Chris lo puso en marcha y abandonaron aquel lugar para transitar sin prisas por las calles húmedas, con luces reflejadas en la calzada oscura.

—¿Cuál es la primera impresión del crimen? —inquirió Chris.

—Te va a sorprender esto, Kenosha: el crimen está prácticamente resuelto —dijo, con leve sonrisa, Durbin.

—¿De veras?

—No hay dificultades. Las cosas ocurrieron así: esta tarde, miss Kenton recibió un obsequio. Una cajita de bombones, que remitía el señor Charles Jasper. Miss Kenton hizo un comentario muy revelador, afirmó que era muy amable aquella delicadeza por parte de su exnovio. Los bombones contienen arsénico en su interior, mezclado con el licor. ¿Resuelto o no? —dijo Durbin.

Chris permaneció silencioso unos instantes, atento al volante y un poco confundido, por los hechos relatados por el sargento Durbin.

—O sea, simplemente, el exnovio de miss Kenton, por razones que son fáciles de imaginar, se venga de su exnovia, asesinándola con arsénico metido en unos bombones. No es muy original, ciertamente... Quizás miss Kenton abandonó a ese Jasper y éste no ha soportado tal abandono. Por consiguiente, al parecer, lo único que queda por hacer en este asunto es detener a Jasper y acusarle de asesinato.

—Ni más ni menos, Kenosha.

—No sé...

—Dime, ¿por qué se mete en esto el F.B.I.?

Chris esbozó una seca sonrisa.

—Confidencialmente, te diré que miss Kenton era la secretaria personal de un hombre llamado Broderick Tichy, quien hoy mismo se personó en la Delegación del F.B.I., solicitando protección, escolta, para realizar un viaje a Washington. Tichy ha sido asesinado. Y ahora, su secretaria. ¿Te parece que los dos crímenes están relacionados?

—Pues no sé... Es raro... Si a ella la ha asesinado su exnovio. A menos que a ese Tichy también le asesinara el exnovio, por celos, o ¡yo qué sé!

—¿Y un agente del F.B.I. también ha sido asesinado por celos?

Durbin achicó los ojos, mirando a Chis.

Meneó luego la cabeza.

—Han matado a uno de los nuestros, Kenosha. —musitó.

—Sí.

—Realmente, no parece un caso de celos.

—Dime, Durbin: ¿qué más has averiguado?

Durbin se removió en el asiento.

—Creo que merezco un bofetón, Kenosha... —musitó— Vi tan claro el asunto, que casi no me ocupé de nada más... Lo siento. Miss Kenton recibió los bombones, de los cuales ha tomado dos, que faltan en la caja. Tenémosla en Center Street un obsequio del ex—novio, que le causa la muerte... Repito que lo siento, Kenosha, lo vi tan claro que...

—No te preocupes, ni te culpes. Pero es una tremenda chapuza. Ese tipo, Jasper, debe estar loco para cometer ese crimen sin protegerse en lo más mínimo. ¿Tenéis objetos personales de miss Kenton en la Central?

—Nada importante.

—¿Estás seguro?

—Son cosas corrientes que poseemos todos, Kenosha.

—Está bien. Mañana echaré un vistazo, de todos modos. Otra cosa: ¿os habéis interesado por la confitería que envió en obsequio?

—Era muy tarde ya...

—Cierto, cierto... En fin, creo que es tarde para muchas cosas. Seguiremos mañana, Durbin.

—A tu disposición, Kenosha.

* * *

Chris Kenosha era un tipo casi hosco, tal vez esa impresión la acrecentaba su cabello negro, el espeso ceño, los ojos también negros y la cerrada barba, que tras un esmerado afeitado parecía verse crecer. Estaba en el despacho del inspector O'Manney, con el teléfono en la mano derecha y un humeante cigarrillo en la izquierda.

—... le recibiré con mucho gusto, señor Kenosha —decía su interlocutor.

—Muy amable, señor Flaggersly. Nos veremos antes del almuerzo.

—Cuando usted quiera, señor Kenosha.

—Hasta entonces.

Colgó el teléfono. Dio una intensa chupada al cigarrillo y, por fin, miró al inspector O'Manney.

—Hay dos caminos, señor —dijo— Uno de ellos, pudiera encontrarse en la "Residencia Comodoro", donde se alojaba miss

Kenton. El otro, quizás más interesante, en la propia industria de mister Tichy. Seré recibido por el director comercial, mister Flaggersly, antes del almuerzo. Ya sabe: nada sobre el exnovio de miss Kenton.

—Era de esperar... —rezongó el inspector— Nadie es tan imbécil como para cometer ese crimen..., de ese modo. Pero fue la propia miss Kenton quien dijo que Charles Jasper era su exnovio...

—Eso es cierto, señor. Se ha localizado a ese hombre, en Ithaca, Estado de Nueva York. Jasper es en la actualidad un hombre casado, con dos hijos de corta edad y ejerce como director de un supermercado, comprobado que no ha faltado a su trabajo. Podría sospecharse que la llamada que recibió la confitería, con el encargo de los bombones, llegó de Ithaca, pero no es así, fue una llamada urbana. Además, es obvio, los bombones pasaron antes por las manos del asesino de miss Kenton.

El inspector. O'Manney asentía con la cabeza.

—¿Cómo fue exactamente, Chris? —inquirió.

—La confitería recibió la llamada del falso Charles Jasper, entregar los bombones en un apartamento en la calle 22, fue entregado allí por un botones.

—¿Quién vive en ese apartamento?

—Ya nadie. Estaba alquilado y se presentó un presunto inquilino, que estuvo el tiempo justo para recibir la caja. Y suponemos que tras introducir el veneno en Jos bombones, quizás él mismo, o algún cómplice, actuó como mensajero. Lo importante era el envoltorio de la confitería, conocida en la ciudad.

—Entiendo... De ese modo, miss Kenton no sospecharía nada, aparte de la sorpresa de recibir noticias de su exnovio.

—Así ocurrió.

—Pero sucede que no fue el auténtico Charles Jasper, quien está claro que olvidó a miss Kenton, ni los bombones fueron entregados en la residencia por personal de la confitería. Y nada sobre el hombre que los recibió, en ese apartamento de la calle 22.

—Se ha esfumado. El portero está confuso al respecto.

—Parece una jugada astuta, ¿no?

—Sí... Como sea, ha muerto mister Tichy, ha muerto miss Kenton y hemos perdido a uno de nuestros hombres, señor. Es casi imposible buscar algo en la mansión de mister Tichy, donde no hay huella alguna del asesino. Quizás sea más de uno... Fueron tres crímenes en unos minutos... Y sin huellas, repito. En lo de miss Kenton ha habido más movimiento, quizás sea interesante profundizar un poco en este complicado y misterioso asunto.

—¿Has pensado algo?

Chris esbozó una leve sonrisa y se encogió de hombros.

—Exprimir lo que tengo entre manos —dijo— Que no es mucho, por otra parte... Tal vez una conversación con mister Flaggersly aclare algunas cosas sobre ese... fertilizante que ha causado ya cuatro muertes, cuatro crímenes.

—¿No ha agregado algo nuevo el sargento Durin esta mañana?

—Nada, señor. Tampoco los objetos personales de miss Kenton ofrecían el menor interés.

—Ya... Bien... Adelante, Chris.

* * *

Ciertamente, la industria de productos químicos que había sido propiedad de mister Tichy, enclavada en el centro comercial, en la calle 69, parecía próspera. La sección administrativa, donde se movía bastante personal, en especial atractivas mecanógrafas, parecía renovada recientemente, decorada con gusto moderno, con mucho cristal y, ¡cómo no!, exceso de calefacción.

Chris fue introducido por una espiga pelirroja en el despacho de mister Flaggersly, que era un hombre obeso, cordial, elegante, con vivos ojos claros, un tipo importante, en su despacho, en un cómodo sillón, con una mesa aerodinámica llena de papeles, con tres teléfonos, "intercom".

Se habían estrechado las manos y Chris fue invitado a sentarse.

—Francamente, señor Kenosha, estoy desorientado —fue lo primero que dijo mister Flaggersly— La industria es privada... ¿Comprende lo que eso significa? No sé nada de posibles herederos, ni cambios en la dirección, ni circunstancias que puedan surgir, a raíz de ese terrible suceso... Creo que hago bien en seguir al frente de todo, en tanto se decida legalmente lo que proceda...

—En verdad, creo que es preferible seguir la marcha normal de la industria ya se decidirá al respecto y tomará la decisión quien tenga facultades para ello. Bien... Mi pregunta, mister Flaggersly, es obvia: ¿qué sabe usted del nuevo fertilizante que consiguió el señor Tichy y que le movió a un viaje a Washington, solicitando protección del F.B.I.?

Mister Flaggersly meneó su cabeza, con calva incipiente.

—Esperaba eso... —dijo— Y aunque le extrañe mi respuesta, ésta es: nada. No sé nada. Mister Tichy trabajaba en solitario, tiene un equipo de peritos químicos, naturalmente, pero mister Tichy realizaba muchos otros trabajos personales, algunos al margen de nuestros productos normales. Además, de los nuevos productos que se consiguen en nuestros laboratorios yo no tengo noticias hasta que están prácticamente listos para su fabricación y venta.

—Entiendo. Se consigue el producto y entonces usted estudia su

explotación comercial.

—Así es, exacto, señor Kenosha. Yo estudio el mercado, la publicidad que corresponda, fijo precios... En fin, todo lo relativo a la comercialización del producto. Antes, ignoro todo sobre el mismo.

—¿Cree que alguien podía estar al corriente de los trabajos de mister Tichy sobre ese nuevo fertilizante agrícola?

—Bien...

—¿Cree que miss Kenton, la secretaria de mister Tichy, podía estar enterada?

—Cabe la posibilidad. Pero la desgracia ocurrida con ella... Es increíble que un hombre, por celos o despecho, llegue a esos extremos...

Chris asintió con movimientos de cabeza.

No valía la pena sacar a Flaggersly de su error, lo mismo daba que siguiera creyendo que había sido cosa del ex—novio de miss Kenton.

—¿Alguien más puede tener noticias? —inquirió Chris.

—Tal vez el señor Sharks, es el jefe del equipo de laboratorios.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto. Y ahora mismo, además.

Realizó una llamada por el "intercom", solicitando la presencia del señor Sharks. Fue cuestión de tres minutos. Sharks era un hombre ya casi viejo, que parecía bastante alterado por lo ocurrido. Se había sentado y parecía no saber hacer otra cosa que mover negativamente la cabeza, como respuesta a la pregunta de Chris.

Por fin, dijo:

—Nada... Nada, señor Kenosha... Mister Tichy realizaba múltiples trabajos, muchas pruebas, en su laboratorio particular. Comprenda esto: la industria está en perfecta marcha y mister Tichy podía permitirse el lujo de dedicarse a materializar ideas propias. Yo..., a veces, consideraba como un juego la actitud de mister Tichy. Era difícil saber lo que hacía en su laboratorio particular.

Chris hizo un gesto de impotencia, tampoco aquello aportaba nada al asunto.

Resumiendo, podía decirse, tan sólo, que el nuevo producto de mister Tichy había costado ya cuatro vidas.

Estremecedor. resumen.

Por lo demás...

Había otra Vertiente, por supuesto, que había que palpar. Y Chris dijo:

—No sé si el fertilizante conseguido por mister Tichy puede ser la causa de varios asesinatos, incluido el del propio mister Tichy. Pero también es posible que la verdadera causa sea otra y el fertilizante sólo una cortina de humo.

—¿A qué otra causa se refiere? —inquirió Flaggersly.

—A la industria en sí, todos ustedes coinciden en afirmar que está en plenitud de rendimiento.

—Es cierto —dijo Flaggersly.

—La industria pasará a otras manos. La industria puede ser esa causa a la que me refiero y el fertilizante ser la cortina de humo, la justificación. Será interesante, sin duda, tener noticias de lo que suceda con la propiedad de esta industria. ¿Confío en usted para obtener esas noticias, señor Flaggersly?

—Naturalmente. Dudo, sin embargo, de que exista algún heredero, Mister Tichy era soltero y yo no he conocido pariente suyo alguno.

—Ya veremos. En fin..., sólo me resta que agradecerles su amabilidad, señores.

—Yo lamento no haberle sido útil, señor Kenosha —dijo Flaggersly. Le tendré al corriente de las incidencias que se produzcan con respecto a la propiedad de la industria. Y... ¿sabe?, es un aspecto a considerar, no cabe duda... La industria vale hoy más de cinco millones de dólares. Casi... justifica el asesinato de mister Tichy y perdone la irreverencia. He querido decir que la industria justifica la ambición. Casi, vaya.

Chris se sentía un poco desconcertado.

Un fertilizante agrícola... Ello motivaba miedo incluso por parte de mister Tichy, hasta el punto de buscar protección, petición que se había demostrado que estaba justificada.

Por otra parte, la industria, valorada de cinco millones...

Casi no cabía duda, además, de que miss Kenton, la secretaria del señor Tichy, conocía, cuando menos, algunos detalles de nuevo fertilizante... Y murió por el fertilizante y no por la propiedad de la industria.

Chris, cuando se puso en pie, procuró suavizar la expresión de su rostro: se le notaba demasiado cuando se nublaba su humor ya de por sí bastante escaso.

Se despidió de los dos hombres, e instantes más tarde, con un coche del Servicio, rodaba hacia la "Residencia Comodoro", situada en el 980 de Central Park West, a la altura de la calle 81. Un hermoso lugar, con vistas al corazón del parque.

Veinte minutos más tarde, Chris penetraba en la residencia, exclusivamente femenina. Pensó que aquello tendría también sus complicaciones. Las mujeres, a veces, son absurdas, quieren vivir solas, cuando la realidad es que lo único que ansían sinceramente es un hombre. Se retuercen ellas mismas, hacen piruetas extrañas..., como los funámbulos, con el riesgo de romperse la cabeza en una de sus piruetas. Más o menos y dicho con claridad: tanto eludir al hombre, pueden caer en las zarpas de cualquiera y...

Así de furioso estaba Chris cuando le dijeron:

—Miss Barrows le espera en su despacho, señor Kensha.

Se puso en pie y siguió a la joven que le guiaba hacia el despacho de la administradora de la residencia.

Vio a miss Barrows, una vieja estúpida...

CAPITULO III

La verdad es que, si bien miss Barrows pasaba ya de los cincuenta años, parecía una mujer digna y no una estúpida. Recibió muy amablemente a Chris, quien se sentó frente a ella. A Chris no le gustaba que las viejas se tiñeran el cabello de aquel lívido, ni que se estrujaran con aquellos endiablados corsés, ni que fueran gordas...

—Usted dirá, señor Kenosha. La policía, anoche, estuvo...

—Prosigue la investigación, miss Barrows.

—¿Cómo es posible? Fue el exnovio de miss Kenton quien...

—Sí, sí, a pesar de eso. Por favor, responda a algunas preguntas que voy a hacerle. Aunque..., en primer lugar, hableme un poco de miss Kenton. ¿Era abierta, comunicativa, sociable, o, por el contrario, era huraña, o....?

—Oh, no. No, no... Miss Kenton era una joven muy simpática y muy culta. Además, tenía un gran corazón. Nosotros..., la dirección, estamos consternados por lo ocurrido. Jamás, en nuestra residencia, donde todas las jóvenes de buenos principios han...

—Sí, sí, no me cabe la menor duda sobre la respetabilidad de su residencia, miss Barrows —cortó Chris— Pero, por favor, volvamos a miss Kenton. Diga: ¿tenía amigas aquí? ¿Hablaban de sus cosas, de su trabajo? Creo que suelen cenar juntas, en el comedor de la residencia, se comunican entré ellas... En fin...

Miss Barrows se sentía un poco confusa, casi atemorizada, frente a aquel tipo de mirada negra y aspecto de ogro, o poco menos, tan alto y fuerte y...

—¿No hay respuesta, miss Barrows? —inquirió Chris.

—No sé qué espera de mí, señor Kenosha... —musitó la dama— No sé exactamente la cantidad y calidad de amigas que 'miss Kenton tenía en la residencia. Aunque... Oh, bueno, es un caso de caridad, señor Kenosha...

—¿A qué se refiere?

—A miss Hazell.

—¿Quién es?

—Es una joven... ciega. Es un caso de..., ¿cómo lo diría yo?... De injusticia. No es justo que miss Hazell sea ciega, es tan joven y hermosa. Y tiene mucho valor, es animosa, inteligente... Trabaja, ¿sabe? Oh, bueno, todas las mujeres alojadas aquí tienen su ocupación... Miss Hazell, pese a su ceguera, trabaja, como todo el mundo: Miss Hazell llegó a la residencia hace unos quince días. Tiene

empleo, recién conseguido, en una empresa de encuadernación, que ocupa a personal invidente.

—Siga. ¿Tal vez miss Kenton y miss Hazell tenían una amistad especial, o....?

—No sé si es eso, exactamente. Lo que sí puedo afirmar, es que miss Kenton se comportaba muy cariñosamente con miss Hazell. ¡Y quién no! Miss Hazell es tan dulce...

—Han podido hacerse confidencias, ¿no?

—Oh, es posible. Eso es corriente entre muchachas solteras.

—Por supuesto... ¿Podré ver a miss Hazell?

—Suele llegar entre cinco y media y seis menos cuarto, por la tarde, cuando sale del trabajo.

—¿Regresa sola?

—Con su perro, un hermoso ejemplar. Ella le llama "Angut".

—¿Ustedes admiten perros en la residencia?

—Normalmente, no. Y "Angut" por tratarse de un caso especial, ha sido admitido, aunque no en la habitación de miss Hazell. Hemos habilitado un rincón en el jardín trasero para el perro. Ella sólo lo utiliza cuando sale. Miss Hazell, por el interior de la residencia, se desenvuelve sola, o, por lo general, con ayuda de alguna otra joven.

—Sí... Son casos de admirable fortaleza interior —dijo Chris— Admiro a esas personas. Miss Barrows..., ¿Podré hablar con miss Hazell?

—Usted ya sabe que no permitimos la entrada de...

—Toda regla tiene una excepción, miss Barrows. Le aseguro, por otra parte, que mi intención no es molestar a nadie.

—Ya, tampoco deseo interferir en su trabajo, señor Kenosha... —suspiró la dama— Tiene autorización.

—Se lo agradezco. Podría hablar con miss Hazell aquí es cierto. No obstante, prefiero estar a solas con ella, para que nada la distraiga. Es..., por simple método, además, cuando se realiza un interrogatorio oficial.

—Lo he comprendido, señor Kenosha.

Chris fue cambiando un poco de opinión con respecto a miss Barrows. Hasta le dirigió una sonrisa cuando se despidió de ella, diciendo:

—Le ruego que comunique a miss Hazell mi visita, miss Barrows. Pudiera darse el caso de que ella tuviera algún compromiso, o...

—Es raro... No ha salido a la calle ningún día... Por lo menos, en días laborables. Llega, creo que lee un poco antes de la cena y...

—De todos modos, avíseme a la Delegación por si miss Hazell cambiase de normas hoy.

—Descuide, señor—Kenosha.

Allí, en la puerta de su "suite" en la residencia femenina, estaba miss Hazell, Florence Hazell. A oscuras, además. Llevaba gafas negras, por coquetería, simplemente. Favorecían, además, su rostro algo afilado, de piel muy blanca, tenía una boca muy fina, bonita, de sonrosados labios, indicio de juventud... Su cabello era oscuro, liso, largo. Su cuerpo, fino, esbelto, con las formas bien sugeridas, si bien la falda "midi" ocultaba, junto con las botas hasta la rodilla, la piel de sus piernas, el contorno de ellas.

—¿El señor Kenosha? —musitó ella.

—Sí, miss Hazel. ¿Tiene inconveniente en hablar conmigo?

—Oh, no... Le ruego que pase. Perdón, creo que estoy a oscuras... —encendió la luz— siéntese en el sillón de la izquierda, señor Kenosha.

Chris penetró en la "suite", mirando en torno, silencioso. En un minuto realizó una observación completa, en torno. Vio las cosas de las que se rodeaba miss Hazell. Cosas normales en una joven. Tenía tocadiscos, transistor, volúmenes de lectura, por el sistema "braille", especial para ciegos...

—Siéntese, señor Kenosha, por favor.

Chris se sentó.

Ella ocupó el otro sillón, quedó con la espalda erguida, en posición expectante, juntas las piernas, manos sobre el regazo, manos quietas, tranquilas, bonitas manos... Y sus gafas oscuras estaban encaradas hacia Chris.

—Se trata de Dorothy..., de miss Kenton, ¿no es así? —dijo miss Hazell.

—En efecto, quería hacerle unas preguntas, miss Hazell. No la molestaré más que lo imprescindible, se lo aseguro.

—Oh, no tema molestarme... En realidad... Debo confesar que me siento un poco sola... Me había encariñado con Dorothy, ¿comprende? Era una gran chica... Yo... aún no puedo creerlo... Me sentía muy feliz, con la amistad de Dorothy, una nueva amistad, muy intensa por mi parte, usted comprenda... Era cariñosa conmigo, comprensiva, jamás se dormía sin pasar a mi cuarto a desearme buenas noches... Y salíamos hablar un poco. Me reconfortaba con su simpatía, con su afecto. A veces, hasta había reído de buena gana con Dorothy...

La voz de miss Hazell era tranquila, dulce, un susurro manso, sedante...

Chris se humedeció los labios.

La miraba con tal fijeza, que era probable que ella, por simple instinto, lo notase.

—Pero estoy hablando sólo yo, señor Kenosha. Mis pequeños

problemas no deben importarle, es natural... —dijo ella.

—Me ha interesado eso, miss Hazel. Ha sido el resumen de la pregunta que pensaba hacerle con respecto a la amistad entre usted y miss Kenton. Bien... Piense un poco la respuesta ahora, miss Hazell: ¿Le habló miss Kenton de su trabajo, de sus proyectos, de su actividad profesional?

Florence Hazell, muy atenta, pensó unos instantes.

Luego, con su voz un poco lenta, clara, muy agradable, dijo:

—Hablábamos de todo, pero en general, señor Kenosha. No sé si me comprende. Me hablaba, por supuesto, de su actividad, pero generalizando. Su trabajo con mister Tichy, algunos de sus viajes, algunos de sus deseos. En fin, cosas normales. Si usted quiere saber algo más concreto, haga la pregunta más concreta.

—¿Le habló de un nuevo fertilizante agrícola que había conseguido últimamente el señor Tichy?

Tras un instante de silencio, miss Hazell empezó a negar con movimientos de cabeza.

—No... Estoy segura de que no me habló de eso —dijo.

—Otra cosa: ¿usted la notaba asustada, o preocupada?

—En absoluto. Por lo menos, conmigo, procuraba ser alegre... Yo supongo que en la actitud de Dorothy había un poco de compasión hacia mí, pero es lógico. No me pareció asustada, ni preocupada... ¿Quiere sugerir que ella podía esperar ese... terrible accidente...?

—Tal vez, miss Hazell.

—Pero..., quizás yo me hubiese dado cuenta, señor Kenosha... Y no fue así. Quizás aún no tengo desarrollado ningún sentido especial, como casi todos los ciegos...

—¿Le dijo miss Kenton si iba a realizar algún viaje?

—No. Lo que sí me dijo es que su jefe, mister Tichy estaría ausente unos días... Por esa razón, estaba contento y me prometió dedicarme un poco de tiempo... Paseos por la ciudad, asistir a algún concierto... Yo estaba tan ilusionada...

Chris, de súbito, decidió poner fin a aquella penosa entrevista.

Se puso en pie.

—Es suficiente, miss, Hazell —dijo.

—Señor Kenosha..., no ha servido de nada, ¿verdad —musito ella.

—No lo sé... He olvidado algo... Diga: ¿Había algún hombre en la vida de Dorothy?

—No. Actualmente, no. Por cierto, que su exnovio...

—Sé eso —cortó Chris— ¿Está usted completamente segura de que en la actualidad no había ningún hombre en la vida de miss Kenton?

—A menos que ella me lo ocultara a propósito, cosa que dudo, no lo había, señor Kenosha.

—Es todo, entonces, miss Hazell.

Ella también se puso en pie. Iba hacia la puerta caminando casi normalmente, como si la viera. Chris iba a su lado. Ella, antes de abrir la puerta, musitó:

—¿No volverá por aquí, señor Kenosha?

—No lo sé... Estoy investigando un crimen, miss Hazell, —Creo que entiendo. Pero lo más probable es que no me necesite de nuevo, ¿verdad?

—Lo ignoro, miss Hazell.

—Perdone... Le estoy entreteniendo —musitó Florence. Abrió la puerta y Chris salió de allí, deprimido. Miss Barrows tenía razón: no era justo que miss Hazell fuese sólo la pobre ciega...

* * *

La llamada del sargento Durbin, de la Brigada de Homicidios, se había producido a las ocho de la noche y fue escueta y apremiante. Había tomado el teléfono el propio Chris. Y oyó:

—¿Eres tú, Kenosha?

—Sí. ¿Sucede algo, Durbin?

Ponte el abrigo y en marcha. Te aguardo en la "morgue".

—Eh, un momento...

—No pierdas tiempo.

Durbin había colgado y Chris, tras dar una corta explicación al inspector O'Manney, mientras se ponía el abrigo, corrió en busca de un coche, con el que rodó en dirección a la "morgue". Llegó a las ocho y quince minutos, metiéndose en el patio, siempre espeluznante, sombrío, húmedo, con el adoquinado brillante... Dejó el coche y poco después se metía en el Depósito. No había nadie.

Pasillo adelante, entonces.

Allí estaba la gente, el portero, varios auxiliares, médicos, el sargento Durbin... Estaban todos allí, como si fuesen fósiles, todos petrificados, sin color, en silencio... Frente a una de las naves donde depositaban los cadáveres.

Chris, extrañado, siguió su avance, hasta llegar junto al grupo de gente. Iba mirando aquellos rostros... Era... terror, exactamente, terror, lo que veía en aquellos ojos, saltones la mayoría, en el rictus de aquellas bocas, miedo y quizás también asco, una invencible repugnancia.

—Durbin... —musitó.

Durbin pareció reaccionar entonces.

Sin mirar a Chris, extrajo un documento de un bolsillo de su chaqueta y lo entregó a uno de aquellos hombres, diciendo:

—Es la orden judicial para incinerar inmediatamente ese cadáver. Inmediatamente —recalcó.

El documento pasó a la mano de uno de los doctores.

Chris gruñó:

—¿Puedo saber qué sucede?

—Hemos hallado un cadáver, Kenosha... Vamos. Te hablaré de...

—¿Qué ocurre con el cuerpo?

—Bien... Mira..., es mejor que no lo veas. Ahórrate una pesadilla.

De veras, Kenosha, no vale la pena pasar ese mal rato. Ustedes, de una vez, incineren el cadáver. ¿No lo entienden?

Empezó a haber un poco de movimiento.

Chris, con seca sonrisa, dijo:

—Quiero verlo.

—Kenosha... Te explicaré todo lo que...

—Tengo un duro estómago, Durbin, no temas por mí.

Sin más, el hombre del F.B.I. empujó la puerta de aquella nave y se metió en el interior. Sólo dio dos pasos, quedó, al instante, convertido en un muñeco de yeso. Detrás de él, no había nadie, seguía una resistencia a entrar allí. Y delante de Chris...

Una camilla, una manta en el suelo...

Un cadáver.

¿Un cadáver?

¿Aquello había sido un hombre?

Chris estaba hipnotizado, completamente hipnotizado por aquella visión monstruosa. Sobre la camilla, estaba el cuerpo humano, sí... Había sido un cuerpo humano, pero... Estaba roto. Roto, exactamente. Hinchado en proporciones increíbles y roto. Y por las grietas, especialmente en el abdomen y pecho, asomaban... cosas... Cosas raras... ¡Hongos! ¡Parecían hongos...!

Era como... como si en aquel cadáver crecieran hongos, por dentro... Monstruosos hongos... con tal fuerza, que rompieron tejidos y piel, único obstáculo que impedía su crecimiento. Hongos que aún crecían. Casi se les veía crecer...

De súbito, Chris dio media vuelta y salió de allí.

Todos le miraban, en silencio.

Un silencio pesado, lleno de terror. La pesadilla estaba en todas las miradas, en todas las expresiones.

—Incineren ese cadáver. Dense prisa —musitó Kenosha— Pero antes... Durbin: ¿habéis identificado al muerto y....?

—Tenemos todo lo necesario.

—¿Estás seguro?

—Sí ya te explicaré. Vamos.

—Nosotros también tenemos que hacer algo... —susurró, por fin, el jefe de la nave.

Mientras aquellos hombres se disponían a incinerar el cadáver, el sargento Durbin y Chris, aún con aquella imborrable imagen en las

retinas, salieron al patio yendo directamente al coche de Chris. Tomaron asiento, encendieron cigarrillos... Chris quería esperar un poco, antes de poner el motor en marcha. Y la oportunidad era buena para escuchar las explicaciones del sargento Durbin.

—Dime, Durbin, ¿qué tiene que ver con esto el F.B.I.? —inquirió.

—Vayamos por partes... Cuando hallamos el cadáver, estaba normal. Un muerto normal, fue asesinado en la madrugada de ayer de un balazo en la cabeza, casi en la sien derecha. La bala salió y no hemos hallado rastro alguno. Sospecho que el cadáver fue trasladado desde el lugar en que ocurrieron los hechos, en que le dispararon, hasta el colector donde ha sido descubierto esta mañana, por una brigada de limpieza.

—Sigue, Durbin.

—Fuimos avisados y llegué con el equipo técnico. Se hizo lo de rigor. Se rastreó en los alrededores, se registró al muerto, se le tomaron las huellas digitales... Lo normal ya sabes. Luego, se ordenó el traslado del cadáver a la "morgue". Mientras yo, rutinariamente, estuve dedicado a la identificación del muerto, como medida previa a la búsqueda de su asesino.

—Dices que está plenamente identificado.

—En efecto. Se llamaba Chester W. Couders, nacido en Oskaloosa, Iowa, donde tenía su residencia fija.

—Muy bien, Durbin... ¿Qué tiene eso que ver con el F.B.I.?

—Bueno..., no lo sé, Chris... No lo sé. Tú verás si te interesa o no: el señor Couders era Presidente de una Cooperativa Agrícola de Oskaloosa, Iowa. Quizás sea una estupidez por mi parte, pero no pude por menos de recordar todo el asunto relativo a... Miss Kenton y a su jefe, mister Tichy... Recordé lo del fertilizante agrícola... Tú verás, repito, si te interesa. Por otra parte, esos... esos... hongos, o lo que sea... No soy precisamente un histérico, Kenosha, pero recordaré lo que he visto hoy durante toda mi vida...

Chris reflexionaba intensamente en aquellos momentos.

—Bueno, di algo —gruñó el sargento Durbin.

—Admito que puede haber conexión con mi asunto, Durbin... —musitó— Es más... yo diría que es casi seguro...

—Entonces, ¿no soy tan estúpido?

—No, no... Nada de eso, Durbin... Estoy pensando en el fertilizante agrícola y.... y en la... flora intestinal humana... Por Dios es algo... monstruoso... No sé, Durbin, tal vez sea descabellado...

Durbin había palidecido de nuevo.

—Un momento, Kenosha... No se me escapa lo que tratas de sugerir con eso... —susurró— Es cierto: tenemos una flora intestinal. ¿Y.... y. ... crees, que... esa flora... puede convertirse en esos terribles hongos que hemos visto...?

Chris, un poco aturdido, meneaba la cabeza.

—No— lo sé, Durbin... Pero pienso en ese fertilizante agrícola... —murmuró.

— ¡Pero eso supondría que obligaron a Couders a ingerir ese fertilizante! —se escandalizó Durbin.

—Sí, en efecto... Ingirió fertilizante y... Dejemos esto, Durbin. Estamos dejando desbocar nuestra imaginación, es peligroso...

—No, no, no... Puedes tener razón, Kenosha... Tenemos una flora intestinal... y ha crecido de un modo horrendo... ¿Por sí sola? Dime: ¿Por sí sola?

—No sé, Durbin ya basta.

—¿Te asusta que eso puede ser realidad?

—¿Y a ti no, Durbin? —masculló Chris— Imagina lo que pueden hacer esos... idiotas, esos esquizofrénicos que tienen en sus manos ese poder... Pienso que el señor Tichy tenía muy fundadas razones para sentir miedo... Quizás llegó por casualidad a ese descubrimiento... ¡Y está en manos de dementes! Por Dios... Tichy actuaba correctamente al tratar de llegar a Washington, pero debió ser más explícito... Hubiese sido protegido con muchos más efectivos y en todo momento, no sólo en ocasión del viaje...

—Kenosha..., estoy impresionado... —musitó Durbin.

—Hay que actuar. Creo que ya no podremos impedir la incineración de ese cadáver, para su estudio... Mala suerte, nos hemos precipitado. De todos modos, atento a esto. Silencio absoluto. Nada a la prensa, ni a ningún medio de información.

—Comprendo perfectamente.

—Vamos. Me trasladarás oficialmente todos los datos sobre Chester W. Couders y el caso, por supuesto, pasa a jurisdicción del F.B.I.

—Sí, sí... No era por quitarme eso de encima, entiéndelo...

—Tranquilo, Durbin. Es cosa nuestra y así está bien.

—Me llamaron... Los hongos aparecían ya, tras rasgar músculos y piel...

Chris ya rodaba.

CAPITULO IV

Había inquietud, desasosiego, en el despacho del inspector O'Manney, donde éste y Chris Kenosha, fumaban incesantemente, sin dejar, al propio tiempo, de consultar la hora. Eran las cuatro y quince minutos, cuando por el "intercom" anunciaron la visita que aguardaban. Y a las cuatro y diecisiete minutos, Chris Kenosha, el cara de ogro, se encontraba frente a la visión femenina más hermosa que jamás había contemplado.

Chris, silencioso, miraba aquellos ojos color violeta, aquellos labios dulces, aquella naricita algo respingona, aquel busto, el cabello color miel, aquella figura...

—Soy Piper Arundel. Me está esperando el inspector O'Manney. ¿Es usted? —inquirió la joven, con suave voz.

—No. No, no... Oh perdón... Entre, miss Arundel. El inspector y yo la estábamos aguardando...

—Sólo hace una hora que he llegado a Manhattan. Apenas he tenido tiempo para alojarme en una residencia y... Oh, están ocurriendo tantas cosas desconcertantes, terribles...

—Siéntese, miss Arundel, se lo ruego —dijo Chris.

La hermosa joven se sentó. Miraba a los dos hombres del F.B.I. Parecía un poco nerviosa, asustada, pero se notaba también su esfuerzo por permanecer entera, serena. Abrió su bolso y extrajo un sobre, con una carta en el interior. Lo dejó sobre la mesa del inspector, mientras decía:

—He creído conveniente traer esta carta, inspector... La verdad es que no sé, en estos momentos, cual ha de ser mi actitud... Como saben, soy..., o era, la secretaria de mister Couders... Esta carta la recibimos en nuestro despacho, en Tuskaloosa, Iowa. Pero lean, por favor.

Lo mismo el inspector que Chris se habían dado ya cuenta de que la carta llevaba impreso el membrete comercial de la industria de mister Tichy.

El inspector extrajo la carta y la leyó, era breve, una simple misiva comercial, o quizás esté mejor dicho, una cita de negocios. La carta estaba firmada por el propio señor Tichy.

En silencio, el inspector, tras leer la carta, la tendió a Chris quien hizo lo propio.

Luego, Chris se sentó frente a Piper Arundel, mirándola a los ojos.

—El señor Tichy, por lo visto, era amigo personal de su jefe, el señor Couders, ¿no es así, miss Arundel? —dijo Chris.

—En efecto, eran amigos personales. Y cartas como esa las ha

recibido el señor Couders en más de una ocasión. Como han leído, el señor Tichy citaba al señor Couders, para una entrevista en Queens, en el domicilio particular del señor Tichy. No es extraño, insisto en que les unía buena amistad, aparte de las relaciones de negocios. Ya adivinan ustedes que la industria de mister Tichy nos suministraba los fertilizantes que necesitaba nuestra Cooperativa Agrícola.

Chris contuvo apenas una sonrisa.

Piper Arundel era una auténtica muñequita...

Muy expresiva, sí, muy bonita.

—Bien —dijo Chris— El señor Couders recibe la carta y toma el avión. Siga usted, miss Arundel.

—Llegó anteayer a Manhattan. Tarde ya, sobre las ocho de la noche, por lo cual se supone que quería esperar a ver a mister Tichy por la mañana...

—Mister Tichy murió poco antes de las nueve de la noche —dijo Chris— Mister Couders ya estaba en Nueva York, pero... no quiso molestar.

—Oiga..., ¿trata de insinuar que mister Couders pudo asesinar a mister Tichy?

—No, por favor... Pero diga: ¿qué se hubiese tratado en esa entrevista, en esa cita?

—Lo ignoro.

—¿También lo ignoraba el señor Couders?

—También. Aunque puedo agregar que esas cartas las hemos recibido en ocasión de nuevos productos descubiertos por el señor Tichy. Lo mismo el señor Couders que yo, suponíamos que esta vez se trataba de un asunto parecido.

—Comprendo. Ya había ocurrido otras veces... Pero en esta ocasión, ustedes ignoraban qué producto...

—En esta y en las anteriores, señor Kenosha —puntualizó Piper.

—Oh, sí ya lo dijo —sonrió, a medias, con la boca algo torcida, Chris— Entonces, tenemos que anteayer, a las ocho de la mañana ya está mister Couders en Nueva York. A las nueve, el señor Tichy es asesinado. Bien... Será fácil comprobar en qué hotel se encontraba mister Couders y si se encontraba en tal hotel a las nueve.

—Señor Kenosha... Mister Couders no necesita coartada para...

—Por favor, miss Arundel, sólo estoy dando curso a mis ideas. No acuso al señor Arundel.

—Oh... Lo siento, perdóneme.

Aquella vez, la sonrisa que Chris dirigió a la muñequita fue más agradable, casi simpática. El otro parecía un niño en aquel momento.

Y a ella debió gustarle, porque pestañeó varias veces.

—Decía —prosiguió Chris—, que el señor Couders pensaba visitar al señor Tichy por la mañana. No obstante, por la mañana ya fue

descubierto el cadáver del señor Couders. Le habían matado de madrugada, por lo cual, es obvio, no se encontraba en su hotel... Diga: ¿qué hacía, en otras visitas a Nueva York, el señor Couders? ¿Más amigos, conocidos, negocios...?

—Pues no... Que yo sepa, no. Es extraño... Puesto que murió de madrugada, es verdad: no estaba en su hotel...

—O quizás le mataron en el hotel y fue trasladado a un colector, pero eso es difícil. No es sencillo sacar un cadáver de un hotel, aún de madrugada... En definitiva, miss Arundel, lo que quiero que comprenda es que la clave puede estar en alguna relación de mister Couders en Nueva York. Por otra parte, no existe duda alguna de que mister Couders, como mister Tichy, han sido asesinados a causa del nuevo fertilizante descubierto por mister Tichy. Y alguien que conocía a mister Tichy y a mister Couders está involucrado en el asunto... Involucrado de un modo peligroso, es obvio. Puede ser el asesino. De ahí, la importancia de que usted trate de... recoger algún detalle, algún dato, que nos indique un camino a seguir, para descubrir al asesino.

—Sé muy bien lo que pretenden, señor Kenosha... ¿Cree que no me gustaría ayudarles más efectivamente?

—No lo pongo en duda. Pero piense, se lo ruego. Veamos: ¿usted ha acompañado alguna vez a mister Couders en sus visitas a Nueva York, concretamente a esas citas con mister Tichy?

—Sí. Siempre.

—¿En esta ocasión no?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿También va a sospechar de mí? —inquirió.

—No, no... —volvió a sonreír el otro— Yo...

—Responderé a su pregunta: tenía que reunirme con él, hoy, aquí. Tenía un trabajo urgente en Oskaloosa. Esa es la razón.

Chris asentía con movimientos de cabeza.

—De acuerdo, miss Arundel, de acuerdo... Creo que debo darle las gracias por su colaboración. Muchos puntos se aclaran. Sabemos ya que el fertilizante, que sin duda mister Tichy pensaba ofrecer a mister Couders, es la causa de todo. Ocurre, por otra parte, que mister Tichy... asustado por su descubrimiento, incluso olvida su cita con mister Couders y quiere volar a Washington...

—Asustado, ¿por qué? —interrumpió Piper Arundel.

—Bueno, quizás haya motivos —murmuró Chris, recordando los horribles hongos— Y digo que se aclaran muchos puntos, porque ya no hay duda: el fertilizante es la causa. En cuanto al asesino... Lo sabremos, no le quepa duda. Todo se mueve en torno a un círculo bastante reducido: la industria del señor Tichy.

—Sí, pero él...

—¿Dónde se aloja usted, miss Arundel? Probablemente, la necesitaremos de nuevo.

—En la "Residencia Comodoro". Ha sido otro golpe inesperado. Me refiero a lo de Dorothy Kenton..., ¡asesinada por su exnovio...! Dorothy y yo éramos amigas, nos conocimos con nuestros respectivos jefes, ¿sabe?

—Vaya...

—Y.... y ese horrible hombre...

—Ha sido muy lamentable, en efecto. En fin, miss Arundel...

En aquel instante, tras una llamada muy convencional, se abrió la puerta y apareció Grayson, el agente especial que, tras mirar un instante a Piper, se dirigió al inspector y a Chris, mirándoles a ambos.

—Hotel "Royal Blyton's, calle 55 Este, esquina a la Quinta Avenida —dijo— Allí estaba alojado el señor Couders...

—Eso hubiese podido informarlo yo — dijo Piper, rápidamente.

Chris la miró, amable.

—Estoy seguro de que así es, miss Arundel. No obstante, no podíamos permanecer inactivos. Sigue, Grayson, por favor.

Piper se sintió un poco mortificada, incluso enrojeció.

Grayson siguió:

—Llegó a las ocho y treinta minutos. Ya había cenado en el aeropuerto, por lo cual fue a su "suite". A las diez y quince minutos, recibió una llamada telefónica. A las diez y treinta minutos salió del hotel..., para no regresar.

—¿Qué hay de la llamada, Grayson? —inquirió Chris.

—Cualquiera sabe... —gruñó el agente especial.

Chris miró a Piper.

—¿Quién podía llamarle a las diez y quince minutos, para hacerle salir de la cama además, miss Arundel? —inquirió.

—Lo ignoro... Yo...

—No fue su amigo el señor Tichy, puesto que éste estaba muerto. ¿Quién fue, entonces?

—No sé... No tengo idea...

—¿Alguien de la industria de mister Tichy?

—Tal vez.

—¿El señor Flaggersly, por ejemplo?

—¿Cómo saberlo? Las relaciones con el señor Flaggersly sí eran estrictamente comerciales... Lo dudo.

—Es todo, miss Arundel. Puede irse. Probablemente, repito, nos veremos de nuevo. Y de nuevo le agradezco su... simpática colaboración —volvió a sonreír como un niño.

Piper se puso en pie, parecía un poco vacilante, tal vez se sentía algo incómoda bajo la mirada de Chris. Pero se despidió brevemente de los tres hombres y abandonó el despacho. Chris la había

acompañado a la puerta, cerró y volvió a su asiento, soltando un suspiro. Luego dijo:

—Todo se centra en la industria de Tichy.

—¿Por qué no has hecho más preguntas a esa mujer? —inquirió el inspector.

—Oh... Quiero volver a verla, señor.

—¿De veras? Demonios...

—¿Le sorprende algo, señor? —inquirió, suavemente, Chris.

—Dejemos eso —gruñó el inspector— Todo centrado en la industria de Tichy, estoy de acuerdo. Parecían existir dos frentes: la residencia y esa industria, pero todo se reduce a uno. Porque se da el caso, además, que lo ocurrido en la residencia, con miss Kenton, no es otra cosa que el producto de los conocimientos que el asesino tiene sobre el asunto: sobre miss Kenton, sobre Tichy, sobre Couders... Y para tener esos conocimientos, lógicamente, hay que estar dentro del círculo.

—Perfecta exposición del caso, señor —dijo Chris.

—Sí... ¿Y qué conseguiremos con eso, pregunto?

—Estableceremos vigilancia. Es urgente recuperar el fertilizante, señor. Podría... repetirse algún caso y.... dudo de que se pudiera contener fácilmente el pánico —musitó Chris.

—Se perdió la serenidad en Center Street con ese asunto —gruñó el inspector— Debieron estudiar todo ese... proceso... Es inútil lamentarlo ahora. Vigilancia, dices bien: ¿sobre quién?

—Sharks.

—Sharks... ¿Por qué?

—Por estar más cerca de Tichy que nadie, en el plano profesional.

—Sí, eso es cierto... ¿Nadie más?

—Todos. Flaggersly, miss Arundel... Todo el mundo.

—Tú lo has dicho: es urgente —murmuró el inspector O'Manney.

—Necesito tres hombres, señor. Uno para Sharks, otro para mister Flaggersly y otro para relevos. Por mi parte, actuaré como control... y.... creo que se me ocurre la monstruosa idea de utilizar a alguien en este asunto. A las seis en punto estaré en la "Residencia Comodoro".

* * *

A las seis en punto., Chris Kenosha estaba frente a la puerta de la "suite" de Florence Hazell, de nuevo privilegio especial, por tratarse de una investigación oficial.

Y ante él estaba miss Hazell. Chris la miró más atentamente aquella tarde, por la sencilla razón de que Florence llevaba una minifalda muy juvenil y sus piernas, hasta algo más de medio muslo, se mostraban perfectamente moldeadas, con aquella perfecta piel blanca, con las

rodillas redonditas...

—Miss Hazell —saludó con voz amable, Chris.

— ¡Oh, usted, señor Kenosha! —exclamó ella.

—Siento..., siento tener que molestarla de nuevo, miss Hazell... Yo...

—Pase. Por favor, pase... —encendió la luz— Ha sido una sorpresa. Y muy agradable, además, señor Kenosha, se lo aseguro... Estoy tan terriblemente sola ahora... ¿Quiere sentarse? Oh, sí, en el sillón de la izquierda. Le agradezco muy de veras que me haya recordado de nuevo, aunque sea para hacerme más preguntas...

Parecía agitada, feliz, excitada...

Chris fue a sentarse, en silencio. Ella también tomó asiento y Chris no pudo evitar echar un vistazo a las formidables piernas y otra mirada, casi con ira, a aquellas gafas oscuras, que ocultaban algo sin vida, injustamente, mil veces, un millón de veces, injustamente, con crueldad incluso.

—Casi no ha dicho nada, señor Kenosha... —susurró Florence.

—La verdad es que... Tal vez a usted le parezca un... sucio procedimiento por mi parte lo que quiero pedirle, miss Hazell —dijo Chris.

—¿Un... sucio procedimiento? No comprendo.

—El caso es que..., usted podría ayudarme, miss Hazell.

—Ojalá sea cierto. ¿Podría... llamarme Florence?

—Desde luego... Llámeme Chris.

—Gracias, Chris... Así, todo parece un poco más amable, ¿verdad? Y... ya sé lo que piensa: que no sólo soy ciega, sino histérica, o ansiosa... En cierto modo, tiene razón: soy una—ansiosa. Yo... quisiera vivir... Tengo una vida aún, Chris. ¿Comprende? Sólo veintitrés años..., sangre en las venas... Siento deseos, torturas, tengo ilusiones... Y todo se me hunde en el vacío, cosa tras cosa...

Se interrumpió.

Había inclinado la cabeza.

Chris, silencioso, deprimido, la miraba.

—Perdone, Chris... —dijo ella, con una sonrisa agradable, pero un poco triste— Usted quería pedirme algo..., que es un sucio procedimiento... Le escucho.

En aquel instante, Chris percibía un suave zumbido en el bolsillo de su abrigo.

Introdujo la diestra y extrajo un aparato de radio. Aceptó la llamada y dijo:

—Chris a la escucha.

—Soy Joe. Miss Arundel ha salido ya de los laboratorios de Tichy y parece que se encamina hacia la "Residencia Comodoro".

—Bien... Tu llamada ha sido muy oportuna, Joe ¿Algo más?

—No... Cualquiera sabe lo que ha hecho ahí dentro...

—Lo sabremos, no lo dudes. Corto, Joe.

Guardó la radio. Miró a Florence y dijo:

—Voy a salir, Florence. Antes de cinco minutos, sin embargo, estoy de vuelta aquí. Por favor, no diga nada a nadie, sólo aguarde.

—Lo que usted mande, Chris... —susurró Florence.

Entonces, Chris, tras cerciorarse que no sería visto , salió de aquel cuarto.

Poco después, hurgaba con su ganzúa en la puerta de otra de las "suites" de la residencia.

CAPITULO V

Cinco minutos justos.

Chris no tuvo necesidad de llamar, puesto que había dejado entornada la puerta de la "suite" de Florence, entró y cerró luego, cuidadosamente. Ella tenía el rostro vuelto hacia la puerta.

—¿Chris? —musitó.

—Soy yo, Florence.

Ella pareció más tranquila.

Chris fue a sentarse frente a ella.

—¿Qué ha estado haciendo, Chris? —inquirió Florence.

—He ido al cuarto de una nueva huésped... Se llama Piper Arundell. Bien..., aquí entra la explicación de lo que necesito de usted, Florence. Por supuesto, en modo alguno está obligada a aceptar. Tampoco quiero obligarla, ni influir en usted recordándole que su ayuda puede ser útil para dar con el asesino de miss Kenton...

—Diga qué ha hecho... —susurró Florence.

—No se asuste —rio, suavemente, Chris— Por el momento, algo tan inofensivo como colocar en la "suite" de miss Arundel un micro repetidor de sonidos. Y..., aquí en la mano tengo el complemento. Es decir, el aparato que... a usted, pongamos por caso, le permitirá oír todo lo que se hable en la "suite" de miss Arundel.

—Oh... Oh, Chris...

—No está obligada a aceptar, Florence.

—Pero... ¿cree que yo puedo...?

—Puede hacerlo, Florence. Tampoco le pido que abandone su trabajo para estar a la escucha. Tan sólo que en los ratos en que usted permanezca aquí, esté atenta al repetidor y grabe bien en su memoria todo lo que oiga. Usted... puede estar oyendo, incluso, seguir su vida normal. Tan sólo preste atención cuando empiece a captar sonidos.

Florence respiró hondo.

Chris miró el juvenil busto.

—¿Y bien? —inquirió el hombre del F.B.I.

—Lo haré, Chris...

—Gracias, Florence.

—No me las dé. En realidad..., soy muy astuta en esta ocasión —sonrió dulcemente Florence.

—¿Astuta? —inquirió sorprendido, Chris.

—Sí, sí... Vamos, creo que sí. Porque..., se supone que usted, entonces, volverá por aquí, para saber lo que yo he oído.

—En efecto.

—Y volverá a estar a mi lado, Chris...

Fue un susurro un poco ronco.

Chris vacilaba.

—¿Le he molestado, Chris? —inquirió ella.

—No. No, no... ¿Por qué, Florence?

—No sé... Puede darme ese repetidor de sonidos.

—Sí...

Chris lo estaba depositando en las manos de Florence. Ella, con dedos un poco rígidos, nerviosos, aferró las manos de Chris. Parecía no tener la menor intención de soltarle. Incluso se aproximó a él, con un poco de temblor en la boca, en los bonitos y sonrosados labios.

—Chris... ¿cómo eres? ¿Puedo..., saberlo?

—Más bien feo —gruñó Chris.

Ella rio un poco.

—No te creo... Déjame ver...

Le soltó las manos y fue tanteando, en busca del rostro de Chris. Lo tomó entre sus manos y fue pasando los dedos, muy suaves entonces, por los rasgos más característicos de una cara, cejas, nariz, mentón, boca... Luego, cuando ya parecía tener una idea de cómo era aquel rostro, Florence aun hizo algo más: abandonó su asiento, para besar a Chris en los labios, un beso profundo, largo, con tal intensidad que Chris se sintió como un canallesco gusano.

—Chris..., quiero vivir... —musitó ella, con voz temblorosa— ¿Hay algo de malo en ello? Quiero saberlo. Dímelo, te lo ruego... ¿No tengo derecho?

—Lo tienes, Florence —susurró Chris,

—¿Por qué no me abrazas, entonces? Chris, te lo suplico...

—Florence..., creería estar abusando de ti...

—No te vayas ahora, Chris... —susurró— No te vayas...

—Es necesario, Florence.

—Chris, entiéndelo: yo... no voy a exigirte ni siquiera que me ames un poco...

—Basta, Florence. Basta ya.

Ella le soltó, de pronto.

Durante casi un minuto, permanecieron en absoluto silencio.

Por fin, Florence murmuró:

—Estoy avergonzada, muy avergonzada, Chris.

—Yo lo he olvidado.

—No, no... No es eso... No por haberte besado, no... Es sólo por mi actitud... desvalida... Pero volverás, ¿verdad?

—Sí, Florence.

—Ahora, por favor, vete. Estoy segura, estoy bien, no te preocupes por mí. Hasta cuando quieras, Chris.

Aún tanteó a Chris, hasta tomarle el rostro y le volvió a besar. Luego, Chris, con un feroz latido en las sienes, salía de aquella "suite". Casi tropezó con alguien, a quien estuvo a punto de enviar al diablo. No obstante, reaccionó a tiempo. Y parpadeó un par de veces, viendo el bonito y sorprendido rostro de miss Arundel. Demonios, ¿no era lógico? Ella estaba al llegar cuando le llamó Joe...

—Señor Kenosha... Creí que no admitían hombres en la residencia... —dijo Piper.

—Pues ya ve —gruñó Chris.

—Espere... Quizás quería verme... ¿Es eso? ¿Más preguntas? En ese caso, venga a mi "suite" Hablaremos ¿Qué le ocurre?

—Bien...

—Me desconcierta, señor Kenosha. Le vi mucho más agudo, incisivo, esta mañana, en la Delegación.

Chris encontró, por fine una sonrisa de circunstancias. Asintió con movimientos de cabeza y dijo:

—De acuerdo, miss Arundel. Hablaremos.

—¿Pero no estaba aquí por mí? —inquirió ella, asombrada.

—No exactamente, pero la oportunidad es buena.

Ella, aún perpleja, se encogió de hombros. Hizo una seña. Chris la siguió hacia la puerta de la "suite" y ambos entraron. Ella encendió las luces, abrió los pórticos de la ventana un poco, dejando pasar algo de la luminosidad de Manhattan y también frío del exterior, se quitó el abrigo, mientras decía:

—No soporto el excesivo calor... Oh, pero siéntese, señor Kenosha.

Ella colgó el abrigo en el "closet" y luego, sonriendo, se acercó a Chris, sentándose frente a él, en un sillón. Chris, entornados los ojos, miraba el conjunto de aquella muñequita simpática. Un rostro precioso, un cuerpo de suave y rara perfección, unas bonitas piernas...

—¿Un cigarrillo, señor Kenosha?

—Sí. sí, gracias... Permítame.

Fue Chris quien dio fuego y luego ella dijo:

—He estado esta tarde en los laboratorios de mister Tichy y le hablado con Sharks y Flaggersly. Ambos aseguran no tener la menor noción de lo ocurrido. Por mi parte, estoy desconcertada, se lo aseguro. Creo que, si ustedes me autorizan, regresaré a Oskaloosa. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Chris miró la brasa del cigarrillo.

Sonreía vagamente. O ella era muy lista, o ¡inocente.

Tal vez se había dado cuenta de que había sido seguida y se apresuraba a justificar sus pasos.

De ser ese el caso, el veredicto era obvio: culpable.

Si por el contrario no se había dado cuenta de la persecución y actuaba espontáneamente, el veredicto era: inocente.

—¿No dice nada, señor Kenosha? —inquirió ella.

—Lo ha dicho usted todo, miss Arundel. Si Sharks y Flaggersly no saben lo que sucede, ¿qué puedo agregar yo? Sin embargo, me permito insistir en que el culpable, nuestro asesino, el hombre que tiene en su poder el fertilizante, es alguien muy estrechamente relacionado con Tichy y Couders. De otro modo, no existe explicación posible.

—Sí..., lo he pensado, señor Kenosha... Yo, quizás torpemente lo admito, he estado tratando de sonsacarles... Me temo que sólo he conseguido quedar en ridículo y que me he ganado dos enemigos —sonrió— Diría que ambos se han dado cuenta de lo que yo pretendía y... En fin, eso no cae bien, a nadie le gusta ser sospechoso...

Y sonrió.

Juvenil, bonita, un poco tímida.

—Tal vez ha hecho mal en dar a entender que se sospecha de ellos, miss Arundel —gruñó Chris.

—Lo siento... No sé qué hacer, señor Kenosha...

—No hemos hablado de la posibilidad de que exista un competidor en los negocios, miss Arundel.

—¿Un competidor? No sé... El señor Tichy siempre nos ofrecía las primicias.

—Entiendo... ¿No cabe que citase a dos hombres al mismo tiempo para ofrecerles un producto que luego le asustó?

—Realmente... es difícil. Y hasta ahora, las citas habían sido únicamente a mister Couders.

—¿Es todo, miss Arundel?

—Bueno... Diga: ¿qué podría hacer una chica sola en Nueva York, señor Kenosha?

—Cenar y meterse en la cama —gruñó Chris.

—No sea grosero, por favor...

—Perdone...

—No salen las cosas bien, ¿verdad? —inquirió ella, suavemente.

—No del todo.

—Me gustaría tanto ayudarle... Lo digo de veras, señor Kenosha —y le miraba a los ojos.

Le miraba con aquellas grandes y brillantes pupilas color violeta.

—Si acaso, piense, miss Arundel. Y, por favor, no se meta en líos ni espante la posible caza—dijo Chris.

—Lo lamento... No he querido molestar...

—Tranquilícese, no he querido ser duro con usted.

—Puede compensarme —dijo ella.

—¿Cómo?

—Oh... ¡qué pregunta más absurda! Además, aún no ha respondido a la mía de qué puede hacer una chica sola en Nueva York. Tengo que

aclarar algo inmediatamente: qué puede hacer, que sea decente.

—Y decente, ¿verdad?

—Ajá...

—¿Y yo debo compensarla?

—Señor Kenosha...

—Vaya... Ya resulta un poco más agradable, aunque no termina de decidirse a decir todo lo que piensa de mí.

Chris, recordando muy bien el micro, prefirió no despertar los celos de Florence la cual, era obvio, estaría muy atenta a todo lo que se estaba hablando allí. Así que Chris carraspeó y dijo:

—Lamento tener trabajo, miss Arundel. Buenas tardes. Noches ya.

—Pero...

—Volveremos a vernos, no lo dude. Por cierto..., si pensara en serio regresar a Oskaloosa rápidamente, deberá comunicar su decisión al F.B.I. Buenas noches.

Se largó.

Se sintió como liberado, cuando pisó la calle. Allí enfrente, Central Park, con sus luces, con sus rincones, con la vegetación pobre de los inviernos, daba cierta impresión de paz. Fue hacia uno de los aparcamientos del parque, en busca de su coche, en el cual estaba cómodamente instalado Joe Salters, uno de sus colaboradores en aquel asunto.

Chris se sentó frente al volante.

Gruñó:

—Mujeres solas... Demonios, Joe...

—¿Qué pasa con ellas?

Chris se contuvo a tiempo. A Joe no le interesaba saber que aún le quemaban los labios, a consecuencia de los ansiosos y ardientes besos de Florence...

—¿Estás loco, o qué? —graznó Joe.

—No...

—Bueno ¿qué hago?

—Vigila. ¿Qué otra cosa? Yo voy a...

—Tengo un mensaje para ti, del inspector. Lo he recibido hace un par de minutos.

—¿Algo nuevo?

—Dice que vayas a Center Street. El sargento Durbin te está esperando en su despacho.

—El sargento Durbin... —susurró Chris.

—Sí... ¿Pasa algo?

—¿Estás seguro de que no me espera en la "morgue"?

—No, no. En Center Street.

—Menos mal... Ya empezaba a imaginar otro cadáver roto por hongos monstruosos en pleno crecimiento... —suspiró Chris— Atento.

Y comunica rápidamente si hay algo de interés.

—O.K.

—Hala, largo de aquí.

Joe se apeó y Chris puso el coche en marcha.

¿Qué demonios querría Durbin?

En fin... Aquello estaba en un desesperante punto muerto.

CAPITULO VI

El sargento Durbin parecía no haber oído ninguna de las preguntas de Chris. Sencillamente, se marcharon juntos, conducía el sargento, en silencio, hasta que enfilaron Riverside Drive, con jardines a la izquierda, todo el parque de Riverside, con el Hudson y los muelles al otro lado de la avenida.

—¿Qué? ¿Te decides a hablar de una vez? —gruñó Chris ya impaciente.

—No tengo nada que decir...

—Estupendo. ¿Vamos a....?

—Se trata de una mujer, la señora Wallace. Ya la verás, tardaremos sólo cinco minutos en llegar a su casa. Vive en Riverside Drive, en el 2060. Es una mujer de cabello blanco, mucha fantasía y me imagino que mucho ingenio para estar al corriente de lo que hacen los demás. Ya comprendes, supongo, una señora sin preocupaciones económicas y a la que la edad sólo permite estar pendiente de pequeñas... o grandes cosas.

—¿Qué ocurre con esa mujer, Durbin?

—Ella misma lo contará. Voy a estacionar el auto ahí.

Cuestión de cinco minutos, en efecto. Los dos hombres se encaminaron ya hacia la casa de mistress Wallace, enclavada en un pequeño jardín, en el centro: un poco alzada, con vista despejada hacia Manhattan.

La mujer debía estar esperándoles, puesto que inmediatamente les abrió la puerta, invitándoles a pasar. La señora Wallace parecía estar pasándolo bien, aunque, observándola un poco atentamente, se advertía claramente que también sentía miedo. Había miedo en el fondo de sus pupilas.

—Señora Wallace... él es el agente especial del F.B.I. de que le hablé, el señor Kenosha —dijo Durbin.

—Sí, sí... ¿Le ha dicho lo que...?

—Prefiero que se lo explique usted, señora Wallace, si es tan amable.

—Per supuesto que sí. ¿Quieren sentarse? Les puedo ofrecer una taza de café.

—No es posible aceptar su invitación, señora Wallace —cortó Chris con cierta amabilidad, anticipándose al gesto de Durbin, quien pareció a punto de decir que aquella entrevista no debía ser considerada por la señora Wallace como una reunión de viejas chismosas y

desocupadas.

Y la mujer pareció un poco decepcionada.

Dijo:

—Ha sido esta mañana, muy temprano, señor Kenosha. Yo madrugo ¿sabe? Oh, también es cierto que me acuesto muy temprano. Es una costumbre que adquirí de niña. Yo vivía en una granja, en Sexton, Utah. ¡Pero le aseguro que nadie de mi familia ha sido mormón! Mi padre me enseñó a respetar ciertos hábitos y el tiempo le ha dado la razón!

Tengo... sesenta y seis años y...

Se quitaba diez, la bruja, pensó, quizás con fundamento el sargento Durbin.

Por su parte, Chris se vio obligado a interrumpirla, a menos que deseara oír la historia de aquella mujer, comprendidos sus antepasados.

—Por favor, señora Wallace... Lamento interrumpirla, pero nosotros somos sumamente concretos en nuestro trabajo —dijo Chris, cortés, incluso sonriendo.

—Perdonen... Les decía que lo vi esta mañana. Me asomé a la terraza lateral, da a mi dormitorio, ¿saben? Hago ejercicio cada mañana. Y en verano, tomo baños de sol. Es reconfortante, señor Kenosha, de veras. La señora Brown afirma que...

—Debe ser muy interesante, estoy seguro. Pero, por favor, diga: ¿qué vio, señora Wallace?

—Oh, sí... A veces, mi cabeza... Me distraigo un poco, señor Kenosha. Ya verá, hijo ya verá... Usted ahora es joven y todo es firme en el organismo. Cuide especialmente la...

—Le aseguro que tengo un especial cuidado de mi persona. Señora Wallace...

—Vi flores... —susurró la vieja.

—Muy interesante. ¿Dónde?

—En la casa de ese... tipo —arrugó la nariz.

Era obvio que el tal "tipo" no le caía nada bien a aquella dama.

—¿Sabe el nombre?

—No. Pero tampoco me importa, le aseguro que jamás dejaría que ese... tipo entrase en mi casa, ni para recoger la basura. Y vive en el 2100, a cien yardas de aquí, o menos.

—Ochenta yardas. Ese... tipo jamás se había cuidado de su jardín, ¿Comprende, señor Kenosha?

Chris dirigió una rápida mirada al sargento Durbin.

—Entiendo, señora —dijo Chris— Prosiga, se lo ruego.

—Y vi flores. Es extraño, ¿verdad? Un... tipo que jamás se ha preocupado por su jardín, de pronto planta flores. ¡Pero qué flores, señor Kenosha...! Le aseguro que hasta me dio miedo... Aquellas no

eran plantas normales, debe creerme... En realidad, me pareció que... No sé cómo explicarlo... Me pareció que se trataba de un trozo de césped silvestre, con esas florecillas que salen porque sí...Y yo veía eso como con lentes de mil aumentos. Una/cosa tan extraña...

—¿El día anterior no estaban esas flores? —inquirió Chris.

—No. Debe creerme, señor Kenosha. No estaban.

—Y esta mañana, usted ha visto... césped y florecillas silvestres agigantadas.

—Exacto. Monstruosamente agigantadas. La altura de un hombre... como el sargento, por lo menos. No crea que estoy loca...

—No lo creo en absoluto, señora Wallace. Diga: ¿se ven aún las flores?

—No, no...

—¿Cómo es posible?

—Pues muy sencillo. ¡Las quemaron! ¡Prendieron fuego a ese pedazo de césped o lo que fuese... Lo quemaron todo. Creo que de haberme levantado diez minutos más tarde, no lo hubiese visto.

Chris se sentía ya muy impaciente.

—Gracias por todo, señora Wallace. Nos ha prestado un gran servicio.

—Pero... yo llamé a la policía y...

—Sí, sí. Ha hecho perfectamente. Repito mi agradecimiento, señora Wallace. Vamos, Durbin.

—Oh... Usted, señor Kenosha, no me cree...

—No diga eso, señora Wallace...

— ¡No me cree una palabra!

—Le aseguro que sí. Vamos, Durbin.

El gesto de Chris mostraba un claro escepticismo, qué desapareció en cuanto estuvo a solas en la calle, con Durbin. Chris dijo:

—Maldita sea, Durbin... esa mujer es capaz de ir contándole a todo el mundo lo que ha visto... Estoy aterrado, te lo aseguro. Tal vez se cohíba un poco, al ver que nosotros no la creemos, ojalá piense que no la va a creer nadie y cierre la boca. Ya imaginas, ¿no?

—Echaron fertilizante en ese trozo de césped.

—Exacto. Y ha crecido en horas, monstruosamente... —susurró el hombre del F.B.I.

—¿Vamos a 2.100 en busca de ese... tipo?

—Por supuesto. Pero no hay luz en la casa.

—Sí ya me he dado cuenta... Parece que no hay nadie. Es una casa bastante antigua. No creo que tengamos muchas dificultades para saber quién vive ahí. ¿Echamos un vistazo?

—Eso, en primer lugar.

Se trataba de una casa de planta y piso, mal cuidada, antigua, separada de otras de la avenida por sendos muros, casi en ruinas. Ni

una sola flor plantada, todo mala hierba.

Arboles sin hojas, añosos, retorcidos... Un auténtico contraste con la avenida, iluminada, con mucho color. Penetraron en el jardín y un minuto más tarde los dos hombres, a la luz de la linterna del sargento Durbin, examinaban el terreno. En efecto, allí estaba aquel cuadrado negro, carbonizado, dos o tres yardas cuadradas con la clarísima huella del fuego.

—Al coche, Durbin —dijo Chris— Llamaré por radio a la Delegación.

En silencio, los dos hombres fueron en busca del coche y Chris comunicó rápidamente, dando una serie de instrucciones.

Luego, extrajo un paquete de cigarrillos y ambos encendieron, dedicándose a fumar, en silencio, sin separar la mirada de aquella quinta ruinosa.

* * *

Sobre la mesa del despacho, el inspector O'Manney tenía todo lo concerniente a la casa del 2100 de Riverside Drive. Papeles. Sólo eso: papeles. Toda clase de informes, de datos, pero sobre el papel. Chris acababa de examinar todos aquellos resúmenes, informes, conclusiones y apretaba la boca.

—Hemos llegado tarde, tal vez, señor —dijo.

—Por lo menos, tenemos ya algo muy tangible, Chris. En esa casa vivía Henry Donovan, con numerosos antecedentes y muchas cosas que no se le han podido probar, una mala bestia, en suma. Un montón asqueroso... Sabemos muy bien, por todos los datos recopilados, que Donovan casi siempre ha actuado en compañía de Nick Chandler y John Darrell... Estos dos no son mejores que Donovan, son tres cerdos. Bien... Vamos a suponer que ellos tengan el fertilizante. Parece increíble que esos tres tipos se hayan metido en un asunto de esta naturaleza, pero nuestra obligación es sospechar de ellos...

—Para mí, señor, es algo más que una simple sospecha. Sé muy bien cómo murió mister Tichy y su criado, ambos estrangulados con una cadena de motocicleta, según informó el forense...

—Sí, es exacto.

—Y Henry y sus piojosos son de los que, hasta ahora, han actuado con esas cadenas, son matones de esa... ínfima categoría. Encaja, señor. Ellos pudieron matar a Tichy, al criado y nuestro compañero, a Flittner. Debíó ser así.

—Huyeron después de prender fuego... Tal vez pensaron que alguien pudo haber visto las monstruosas flores y hierbas...

—Es posible... Yo insisto: lo que me asombra es que esos tres se hayan mezclado en ese asunto... —dijo el inspector.

—Tal vez obedecen a alguien que no es un profesional, a alguien que ha pensado que tres hampones cualquiera servirían para el trabajo.

—Sí, puede ser así, Chris.

—¿Qué hace Flaggersly?

—Normal. Trabaja.

—¿Y Sharks?

—Lo mismo.

—¿Miss Arundel?

—Esta mañana no me han informado que haya salido de la residencia —dijo el inspector.

—Ya... Es decir: ningún adelanta en ese sentido.

—Ninguno, Chris.

Chris asentía con la cabeza.

—Me temo que no conseguiremos el menor resultado hasta que atrapemos a esos tres, o a alguno de ellos —gruñó— De todos modos, yo me dedicaré a ver si en mi pequeña trampa ha caído alguna pieza...

* * *

A las siete de la tarde, se cenaba en la "Residencia Comodoro". A Chris le opusieron algunas dificultades, pero consiguió meterse en el comedor, no demasiado frecuentado. Todo chicas, claro, la mayoría jóvenes y bonitas, que tomaron con mucha filosofía el hecho de ver entrar a un hombre en el comedor. Y hubo suspiritos cuando vieron que el hombre se dirigía rectamente hacia la mesa ocupada por la ciega, por miss Hazell.

En un rincón, estaba también Piper Arundel, la cual empezó a sonreír al ver a Chris, pero éste se limitó a saludarla en silencio, con una levísima inclinación de cabeza.

A Piper le llamaron los ojos, apretó los bonitos labios. Aquel estúpido lo pagaría...

Chris, mientras, se había acercado a Florence.

—Florence... —musitó.

—¡Chris! —exclamó ella, alegremente sorprendida y alargando una mano que Chris tomó, estrechándola suavemente.

—¿Puedo sentarme?

—Oh, claro... Voy a cenar dentro de unos minutos, pero si quieres, subiremos a mi "suite"...

—No, no...

Florence parecía estar conteniéndose.

Susurró, por fin:

—¿Mal recuerdo mío, Chris?

—Por favor, no digas eso.

—Yo... yo no pude dormir anoche, Chris...

—Bien...

—No digas nada, te lo ruego. Estuve leyendo hasta muy tarde —sonrió, palpó con la mano un volumen escrito por el sistema "braille", que tenía debajo del bolso, sobre la mesa— Es la historia de Roma.

Y rio brevemente.

—¿Te interesa Roma? —inquirió Chris.

—No demasiado... esa es la verdad... —se dio cuenta de que hablaban un poco fuerte entonces y bajó la voz para inquirir— ¿Quieres saber algo de...?

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió, también con voz muy baja, Chris.

—No... Lo siento, Chris. La verdad es que estuve muy atenta toda la noche y nada...

Chris asintió con movimientos de cabeza.

—Está bien —musitó— No es de esperar demasiada torpeza. Pero, por favor, sigue atenta. De percibir algo anormal, utiliza el teléfono, llámame a la Delegación. No importa la hora.

—Lo haré, Chris, descuida...

—Ahora, tengo que irme, Florence.

Ella mostró una triste sonrisa.

—Lo imaginaba. Volveremos a vernos, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Gracias, Chris... —le tendía de nuevo la mano.

—Hasta pronto, Florence.

—Espera... —susurró— Esa... miss Arundell, ¿es bonita? ¿Es joven?

—Ambas cosas —sonrió Chris, aunque Florence no podía ver su sonrisa.

—Oh, lo imaginaba, sí. Os oí ayer... tú no quisiste hacerle el juego, te lo agradecí tanto, Chris... Esa mujer es una bruja...

Chris rio brevemente.

—Oh, vamos, Florence...

—¿Piensas que estoy celosa?

—Pues....

—Es cierto, Chris.

—Mira, Florence...

—Ahora, vete. Por favor... cuando vuelvas a verme que sea a otra hora... Que no haya gente a nuestro alrededor...

Chris no hizo comentarios, soltó la mano de Florence, que le había estado estrujando los dedos. Sólo dijo:

—Buenas noches, Florence. Y recuerda.

—Sí, sí... Buenas noches, Chris.

* * *

Pésima noche.

Y la mañana no se presentaba con mejores auspicios.

Un vacío total.

Allí, en el despacho de la Delegación, Chris daba paseos y fumaba, rumiando las noticias, todas negativas. Vida normal Flaggersly y Sharks. En cuanto a los tres hampones, Donovan, Chandler y Darrell, parecían haberse fundido. Nada sobre ellos, sobre nadie... Tan sólo había noticias de miss Arundel que aquella mañana, a eso de las diez y media, había salido de la residencia, con un paquete bajo el brazo, no voluminoso... Como una caja de bombones, había dicho Joe, que la controlaba.

Una caja de bombones. Podía ser cualquier otra cosa, naturalmente.

Era casi la hora del almuerzo, cuando sonó el teléfono exterior del despacho del inspector. Este hizo un gesto y Chris lo tomó, alguien que informaba. Y, como de costumbre, diría: nada. Maldita suerte...

—¿Sí? —gruñó— ¿Quién?

—Con Chris Kenosha, por favor.

—Yo.

—Oh... Debí conocerle, ogro...

—¿Miss Arundel? —musitó Chris.

—Ajá. ¿Adivina que está haciendo una chica sola en Nueva York?

—No estoy para acertijos, miss Arundel, se lo aseguro...

—Está bien, está bien... Se lo diré, ogro: está haciendo un chantaje.

—¿De veras? Mire, sus bromas...

—Ninguna broma, Chris, se lo aseguro.

—Está bien. ¿A quién chantajea?

—A usted.

—Voy a colgar, miss Arundel. Mi tiempo...

—Pues voy a robarle bastante tiempo, Chris, así que tómelo con calma. Oh, por favor, cuando acuda a la cita conmigo, hágalo sonriendo. Y... ¿Por qué no? con unas florecillas, me encantan las flores. No se preocupe por...

¡Ya basta! Si pretende...

—Sólo almorzar con usted, ogro. Y además obligarle a que pague. Ese es mi chantaje. Chris... a veces, para resolver asuntos importantes no es imprescindible andar con la máscara de los colmillos afilados. Se puede hacer también con una sonrisa de humor, ¿no cree? Le espero a las doce y media en "El Chico", Grove Street. Es un restaurante español magnífico. ¿Ha comido alguna vez "paella"? Es algo delicioso...

¡Está loca si cree que...!

—Usted estaría loco si no acudiera. Oh... con la sonrisa, se lo ruego. Hasta pronto, Chris.

Y colgó.

A Chris le colgaban hilillos de baba, a causa de la rabia.

El inspector le miraba, expectante.

CAPITULO VII

La entrada de Chris en el restaurante español "El Chico" fue una apoteosis. Piper le estaba esperando en la barra, sentada en un taburete con el abrigo abierto, mostrando palmo y medio de muslo que... ¡demonios...!

Chris entró con tres violetas arrugadas, casi mustias y enseñando los dientes con una sonrisa de ferocidad.

Casi le tiró las florecidas y gruñó:

—¿Así, miss Arundel?

Ella, por unos instantes, pareció seria, dolida.

—Esto no pienso perdonárselo, Chris —musitó, por fin.

— ¡Qué bien...!

—Ahora, vayamos a lo importante.

—Por supuesto. Diga qué significa esto y...

—No, no... Usted no está cumpliendo su parte, Chris. Así que yo sí voy a cumplir la mía. Por el momento, un aperitivo dulce: vino de Málaga, con aceitunas. Estas sevillanas, amargas, son partidas, feotas, pero ya verá... El camarero se llama Pepe. Así que la cosa en marcha, Chris. Llame a Pepe y que nos sirva esos aperitivos y que anote una "paella" para los dos, en una mesa, naturalmente. Chris empezó a sentirse un poco aturdido.

Había gente allí, ambiente. Un ambiente alegre, además. Sonaban guitarras, dulces, suaves, en algún rincón, sin molestar. Un rasgueo que daba sensación de algo alegre, luminoso... Además, estaba Piper, mirando a Chris a los ojos, sonriendo... con la sonrisa sin burla, una sonrisa agradable, juvenil, dulce... Le estaba pidiendo un poco de paz a Chris, quizás más cosas...

Chris, por fin, asintió con la cabeza.

Consiguió una espontánea sonrisa y gritó:

— ¡Pepe!

—¡Voy...!

Tres minutos más tarde, ambos, riendo, iban a una de las mesas, donde llegó rápido el aperitivo. La "paella" tardó un poco más, pero a Chris, ante su asombro, no le hubiese importado que tardase cuarenta años y un día... Hum, no se puede ser policía... Lo del día es muy típico en los asuntos de la Ley.

—Bueno Piper... Ahora hálame de...

—Calma, calma, Chris. Eres capaz de dejarme sola en cuanto haya abierto la boca. El chantaje es hasta el final del almuerzo.

—Pero...

—Y sonrío

—Está bien...

—Nunca habías sonreído tanto, ¿verdad? —rió Piper.

—No... Ni nadie me ha tomado el pelo tranquilamente, que te sirva de advertencia.

—Dime, Chris, ¿no te sientes bien a mi lado?

El la miró a los ojos, casi con recelo.

Todo era delicioso allí dentro. Y lo que más, aquella muñequita alegre y sonriente.

—¿No respondes? —susurró Piper, alargando una mano, para posarla sobre la zurda de Chris.

—¿Debo confesar la verdad? —musitó Chris.

—Sí, por favor.

—Pues... me siento... flotando, en otro mundo. En algo aparte de mi vida. Sí, eso es... Eres encantadora, alegre, bonita, joven...

—¿Y quieres pedirle más a una chica, Chris?

—Sería injusto, verdaderamente...

—¿Te parezco bien, entonces?

—Perfecta.

—Gracias, Chris... Espera... Supongo que hablas en serio.

—Muy en serio.

—Ajá.

—Ahora, desembucha, muñeca —gruñó Chris.

—Ah, ah me has estado mintiendo.

—Piper... ya basta, te lo ruego...

—Me estás hablando con la boca llena de arroz y sin sonrisa, Chris. Chris engulló, sonrió y dijo:

—¿Y ahora, Piper?

—Creo que no debo demorarlo más... —cambió la expresión de su rostro, adquiriendo mayor gravedad— Escucha esto, Chris: MISS FLORENCE HAZELL NO ES CIEGA.

Chris quedó petrificado.

Ciertamente, lo único que no hubiese esperado era oír aquello.

Miraba con desconcierto a Piper.

—¿Cómo puedes afirmar eso, Piper? —inquirió, adoptando la misma gravedad de la joven.

—Verás... Ha sido casual... Estaba celosa también, es verdad por lo de anoche, apenas me miraste. Te fuiste con ella y... En fin, eso ya no importa. Ocurrió esta mañana. Miss Hazell empieza a trabajar a las nueve de la mañana, suele salir de su cuarto a las ocho y media, recoge su perro y camina media hora. Pero esos detalles no hacen al caso. Yo, a las ocho y media, salía de mi "suite". Y ella también. Vi a miss Hazell, de espaldas a mí: se le cayó el bolso. Al caer el bolso, se

abrió y miss Hazell, tranquilamente, se inclinó, recogéndolo...

—Piper... supongo que eso no es todo... —dijo, casi furioso, Chris— Los invidentes, por—el sonido...

—Déjame hablar, Chris. He dicho que se le abrió el bolso. Entonces, se le cayó un pañuelo, un pañuelito de encaje, de esos tan diminutos que apenas admiten dos pliegues en triángulo. ¿Qué ruido crees que puede producir ese pañuelo?

Chris pestañeó.

Cada grano de arroz ingerido le parecía una roca.

—Ninguno —dijo, por fin, resuelto— Ningún ruido, en efecto. Sigue.

—Por fin te intereso, ¿verdad? No digas nada. Yo sigo: El pañuelito, además, cayó como a media yarda del bolso. Distancia suficiente para que, por su ausencia de sonido, un auténtico invidente no lo notase, no supiera que se le había caído al suelo. Pero Florence Hazell tomó el bolsito y el pañuelo, sin la menor vacilación.

Chris, frunciendo el ceño, asimilaba lentamente aquella noticia.

—Piper... aun así... Quizás por instinto...

—No hay que exagerar sobre esos instintos, Chris. Pero es que hay más.

—¿Más? —inquirió, vivamente, Chris.

—Sí, sí—. Mis Hazell siguió su camino. Bajó, le entregaron el perro y salió de la residencia. Yo me quedé prácticamente sola en el piso y pensé que tal vez convendría asegurarme de lo que creía haber descubierto. Como ves yo también quería ser justa, Chris. Y..., tengo que confesar que entré en el cuarto de miss Hazell.

—¿Y bien? —inquirió Chris.

—Anoche, recuérdalo, hablasteis sobre el libro que ella leía, un libro que relataba la historia de Roma, en "braille", especial para invidentes.

—Lo recuerdo muy bien. Sigue.

—Pues... se me ocurrió algo que... Hasta consideré estúpido en un principio, pero... Tomé el libro y salí a la calle. Serían las diez y media, o algo más, no sé bien, estaba muy excitada. ¿Adivinas dónde fui?

—No.

—A un centro de invidentes, un centro cultural. Fui atendida, se me escuchó y fui complacida, con el siguiente resultado: el libro de miss Hazell nada tiene que ver con la historia de Roma. Es un volumen en el que el invidente empieza a familiarizarse con el que habrá de ser su método de lectura.

—¿No confundiste el libro, Piper?

—No. Estoy segura de que era el mismo.

—Por Dios... —Chris empezó a recordar el micro y el repetidor de

sonido que había dejado al alcance de Florence.

—¿Tienes dudas, Chris?

—No sé... Las razonables... Como sea, ese libro es del sistema "braille". Ella pudo confundirse...

—¿Dice leer la historia de Roma y tiene digamos algo así como la cartilla para empezar a conocer las letras? ¿Confusión?

Chris unió las cejas, formó un duro trazo negro con ellas.

—No... No es una confusión —murmuró— Es algo mucho más concreto y peligroso para ella, un error. Eso es, ha cometido un error...

—Sin embargo, Chris... tengo mis dudas, aún. ¿Por qué trata de familiarizarse con el "Braille" si no es ciega?

—Porque es inteligente.

—Oh...

—Y, no lo dudes, eso es muy curioso... No encaja la complicidad de Florence con... Donovan, Chandler, Darrell... —sonreía, entonces, torcidamente— Muy curioso, Piper, sí... Dime nena, ¿consideras que hemos terminado el almuerzo? ¿Lo has pasado bien?

—No del todo mal—sonrió Piper.

—Muy amable.

Entonces, el agente del F.B.I. extrajo su radio del bolsillo, con el que hizo una llamada a Joe, el encargado de la vigilancia de Piper. La respuesta de Joe fue casi inmediata:

—¿Qué está ocurriendo, Chris? No quise meter la pata llamando. Y tú pudiste avisar de que ibas a reunirte con ella...

—Atiende, Joe: quiero que reunáis inmediatamente toda la información posible sobre Florence Hazell. Ya sabes, ¿no?

—La muchacha ciega.

—En efecto. Urgente.

—Pero... ¿Por qué, Chris? ¿Acaso...?

—No perdamos tiempo.

—Entonces, lo de miss Arundel...

—Déjalo. Estábamos perdiendo el tiempo.

—Bien.

—Es todo. Corto.

Fue rápido, hablando con voz baja, sin llamar la atención de ninguno de los comensales de "El Chico". Luego, guardó la radio y miro a Piper, cuyos ojos estaban muy abiertos, redondeados por el asombro.

—Chris... ¿Sospechabas que yo...?

—Oh, vamos nena, sonríe... —gruñó Chris.

—Pero...

—Tengo que irme, Piper. No quisiera perder de vista a Florence. Lo cierto es que he cometido más de un error en este asunto, pero... ellos también los han cometido, como compensación...

—¿Vas a detener a esa chica? —musitó Piper.

—Tal vez no... de momento.

. —No sé si entiendo. En fin... ¿Te he sido útil, Chris?

—Creo que sí.

—¿No estás seguro?

—Puede que se finja ciega por otras razones... ¿O sabes algo más sobre Florence?

—No...

—Entonces, debemos pisar con cautela por su terreno. Hasta la vista, Piper. Oh, espera... El chantaje era claro: yo invitaba... —dejó unos billetes sobre la mesa y sonriendo. agregó—: Siento lo de esas tristes y mustias violetas, Piper. Espero tener ocasión de hacérmelo perdonar. ¿Me permitirás esa ocasión?

—Debería hacerte sufrir un poco... —suspiró Piper— Pero, por si acaso, tengo que ser condescendiente, no quiero yo que escapes. Te he pescado, ¿no, Chris?

—Pues... dicho así, nena, hasta me asusta un poco...

Ella sonrió dulcemente.

Miraba con mucha fijeza a Chris a los ojos y susurró:

—Luego te alegrarás, Chris.

—Me parece que es cierto...

Se puso en pie, dio un pequeño rodeo, situándose junto a Piper, se inclinó y la besó suavemente en los labios. Luego, acarició el fino rostro de la joven y se marchó sin más. Instantes más tarde estaba en la calle, muy aminada, en horas en que había mucho movimiento de gente a pie, por las aceras y un ruidoso tránsito rodado. Cruzó por el paso de peatones, dirigiéndose al "parking" de la esquina con la Tercera Avenida. Fue directo hacia su coche, pensando en las medidas que era conveniente tomar. Eso sí, sin precipitaciones.

Estaba ya junto a la portezuela del coche, cuando oyó una voz:

—Se equivoca de coche, amigo.

Giró, con rostro impávido.

Allí estaba Nick Chandler, con la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo y sonriendo muy significativamente.

—Le invito a dar una vuelta en el mío, es mejor, más nuevo, más alegre. Los coches negros me deprimen, parece que uno viaja en ataúd. Espero que tenga la amabilidad de aceptar.

Chris entendió que la situación era difícil. Reconoció a Nick y estaba convencido de que el tipo no se lo pensaría mucho si había de apretar el gatillo. Nick era un matón barato, de escasa inteligencia, ligero de gatillo...

—Verdaderamente, estaba pensando en serio la posibilidad de cambiar de coche —dijo Chris, tranquilo.

—¿Lo ve? Me alegro de que mi sugerencia le haya sido útil.

Camine. Recto. Mi coche es un "Pontiac" azul, con cristal verdoso. ¿Lo ve?

—Sí.

Lo veía. Y veía a Henry Donovan en pie, cerca, fumando un cigarrillo. Y veía, metido en el coche, a John Darrell, frente al volante. Chris se encontró poco después frente a la portezuela del coche, que había abierto John Darrell, estirándose.

—Adentro —dijo Nick.

Antes de meterse, Chris dirigió su mirada donde estaba Henry Donovan, captó una seña entre Donovan y Chandler y hasta pudo ver que Henry Donovan se dirigía hacia el otro auto, pero no pudo precisar, porque ya Nick Chandler le había empujado al interior del "Pontiac". Aún no había cerrado Nick la portezuela, cuando el coche se puso en marcha.

—Agarre con las manos el respaldo del asiento que tiene delante —ordenó, entonces, Nick.

El hombre del F.B.I. obedeció. Nick ya mostraba la automática, con la zurda y su diestra recorrió velozmente los bolsillos de Chris, arrebatándole la pistola, y la radio de bolsillo, lo tiró todo a los pies del asiento que correspondía al acompañante del conductor.

—¿A dónde vamos? —inquirió Chris.

—Ya lo verá.

Chris echó un vistazo y dedujo que iban hacia el oeste. Tomaron la calle 34, abarrotada de camiones en aquellos momentos, que iban hacia el puerto, hacia los muelles de Hudson, concretamente. El movimiento era muy intenso y existían muy pocas probabilidades, quizás ninguna, de que alguien reparase en que Chris Kenosha se encontraba en apurada situación.

En efecto, consiguieron llegar a la altura del muelle 74 del Hudson y luego se deslizaron por el cemento húmedo, de un gris oscuro, un poco más al sur, con un panorama brumoso, con ruido de grúas, de motores, a la vista de estibadores, de carretillas de tracción eléctrica, de montones de mercancías en espera de ser recogidas, o cargadas...

A la izquierda, estaban las naves, los tinglados, en el que no había otra cosa revuelto, los muelles y los buques.

Por fin, el coche fue a meterse en un tinglado, en el que no había otra cosa que paredes húmedas, desconchadas. Una nave amplia, desocupada, donde él "Pontiac" se detuvo.

El primero en descender del coche fue John Darrell quien, con una automática en la mano se acercó a la portezuela cuyo lado ocupaba Chris. Abrió y dijo:

—Puede apearse.

Chris, silencioso, obedeció.

Por su parte, Nick descendió también del vehículo, situándose a

espaldas de Chris.

—Usted caminará entre nosotros dos, Kenosha —dijo Nick— No cometa una tontería.

—¿Me conoce, Chandler? —inquirió con seca sonrisa, Chris.

—Demonios... ¿Cómo sabe mi nombre?

—El F.B.I. estaba llegando bastante lejos.

—Vaya... Eso me preocupa. De veras. Camine, Kenosha. Recuerde que dos automáticas le están apuntando. Salga, siga hacia el sur y verá en el muelle 68 un buque de pabellón jamaicano, que lleva el rótulo de "Ironwood". Está tendida la pasarela. Suba con naturalidad, tranquilo. Verá que es un carguero del siglo pasado, o poco menos, bastante incómodo y sucio, debe haber miles de ratas... Lamento no poder ofrecerle nada mejor, pero su viaje será muy corto.

Chris echó a andar hacia la salida de aquella nave. Obedeció las indicaciones de Nick Chandler y poco después estaba frente a la pasarela del carguero jamaicano "Ironwood". Ciertamente, era un cascarón carcomido, de casco oxidado, que daba la impresión de que se agrietaría tan pronto sus motores se pusieran a trepidar. No vio a nadie en la cubierta, en la borda. A lo sumo, la tripulación la compondrían cinco hombres...

—¿Qué espera, Kenosha?

Chris tuvo que resignarse.

Había mucho personal en los muelles, gente en plena actividad, sembrando el ámbito de ruidos mecánicos, se oían algunas sirenas, había un bando de niebla a la altura, aproximadamente, del muelle 90. Apenas se veía Nueva Jersey, al otro lado del Hudson River.

Chris llegó a cubierta, sin ver aún a nadie, pero sospechó que estaba también vigilado desde el buque. Por otra parte, Nick y John estaban ya detrás de él.

—Baje —dijo Nick.

Las escalerillas metálicas, el pasillo, apliques en los tabiques... Fin de la claridad del día. Parecía haber entrado en otro mundo. Olía a ron... Tal vez el carguero jamaicano había transportado con alguna vez. Olía también a infiernos, a salazón corrompido, en otro punto, al que se estaban acercando.

—La bodega —dijo Nick— Hasta luego, Kenosha.

—Un momento. Quiero...

Por tanto, el golpe que iba dirigido a la coronilla, le pegó en la frente. Un impacto brutal que hizo que Chris doblara las rodillas, casi sin sentido, el segundo golpe le hizo rodar por el repugnante pasillo de madera.

—Abre, John —dijo Nick.

John obedeció. Luego, entre los dos hombres metieron a Chris en la bodega, dejándole de cualquier manera, cerraron, por fuera,

asegurando el cierre con un candado y una gruesa cadena.

John y Nick se miraron, entonces.

—A esperar—gruñó Nick.

CAPITULO VIII

Debía haber transcurrido menos de media hora, cuando ya Chris estaba sentado en el suelo pringoso, de tablas, de la bodega, sintiendo aun un vivo dolor en la cabeza. Iba habituándose a la oscuridad y distinguía ya algunos contornos. La bodega era bastante amplia y había diversas mercancías, por lo que calculó que el "Ironwood" era un buque "trapper", es decir un carguero sin itinerario fijo, iba allá donde había trabajado, simplemente. Y, por supuesto, no pertenecía a ninguna compañía de transportas marítimos.

Día también carreras, sutiles carreras, de patitas cortas y rápidas.

Encima, ratas...

Iba a ponerse en pie, cuando percibió rumores. Se concretaron los rumores, cuando estaban abriendo la puerta de la bodega, lo cual ocurrió casi de inmediato, penetrando un recuadro de luz eléctrica, no muy viva, pero sí lo suficiente para que el hombre del F.B.I. quedara petrificado, intensamente pálido, al ver lo que sucedía.

Fue Piper la que, empujada desde el pasillo, penetró rudamente en la bodega, para caer en brazos de Chris, quien se había puesto inmediatamente en pie, impidiendo que cayera de bruces. Apenas la tuvo abrazada, cuando el recuadro de luz desapareció. Y, por unos instantes, reinó el silencio... No total. Las ratas. Además, como provenientes de muy lejos, se percibían también los rumores mecánicos del puerto.

—Piper... —musitó, por fin, Chris.

Ella tembló un poco, aferrada al hombre del F.B.I.

—Tengo miedo, Chris... Ha sido ella, miss Hazell —susurró.

—¿Ella? ¿Estás segura?

—Sí, sí... Estaba en el "parking", con un coche. Un hombre me esperó a la salida de "El Chico" y me obligó a meterme en ese coche... Miss Hazell estaba allí, con su perro... No es ciega, Chris. Definitivamente, no es ciega... Chris ¿qué es lo que sucede?

—Tranquilízate... Aun no ocurre nada demasiado malo —gruñó Chris— Déjame ver... Tal vez halle algo que me sea útil para intentar salir de aquí.

—Por favor, Chris... No te separes de mí.

—No tengas miedo, Piper.

—L... las... las ratas...

Chris rio brevemente.

—A ésas Piper, no hay que temerlas, si acaso, a las de dos patas —

dijo— Ven conmigo.

Piper agarró fuertemente la mano izquierda de Chris, con las dos suyas. Chris, con la diestra, había extraído el encendedor y apareció la llamita, tras accionarlo, la rodela del encendedor permitía graduar la llama, que se alzó hasta alcanzar casi tres pulgadas de longitud, una llama muy fina, de la que no convenía abusar, de todos modos, para no agotar la carga del encendedor.

El primer vistazo no condujo a nada. Fue una mirada al conjunto, que más bien resultaba desalentadora.

De todos modos, Chris estaba decidido a recorrer palmo a palmo la bodega y cerciorarse de si existía alguna posibilidad.

Iba a encender de nuevo, cuando oyó pasos, se abrió otra vez la puerta. Apareció el recuadro de luz y aquella vez se — encendió también la luz de la bodega.

Era Florence.

Sin sus gafas negras, con "Angut" junto a ella, con una sonrisa leve, tranquila, de seguridad en sí misma, en sus fuerzas. Estaba realmente bonita con aquel chaquetón de cuero, "midi", abierto, que mostraba la minifalda. Tenía los ojos muy negros, grandes, rasgados, con brillo de juventud, de fuerza. Detrás de ella, Henry Donovan y Nick, ambos armados.

"Angut" parecía inquieto, gruñía sordamente. Un temible perro, sin duda.

—Calla, "Angut" —ordenó, suavemente, Florence.

El perro soltó una especie de aullido y se tendió en el suelo.

—Sólo quería veros un momento, Chris —dijo Florence, fijando su mirada en los ojos de Chris.

—Te felicito, Florence. Hasta ahora, creí que no era fácil engañarme.

Ella sonrió amablemente y dijo:

—Siempre surge nuestro enemigo, Chris... Siempre hay alguien que nos vence. Supongo que lo entenderás así...

Chris miró a Henry Donovan y a Nick.

—¿Qué tienes que ver con ellos, Florence? —inquirió.

—Somos buenos amigos, es obvio.

—¿Desde cuándo?

—Extraña pregunta, Chris... ¿Qué puede importar eso?

Chris esbozó una sonrisa sin el menor significado.

Se encogió luego de hombros.

—¿Qué vas a hacer con miss Arundel? —inquirió.

—Lo siento —musitó, tan sólo, Florence.

Piper se mordió los labios. Chris miraba fijamente a Florence.

—¿Por qué, Florence? —inquirió— Tú puedes ser mi enemiga, la que ha surgido para vencerme. Pero ella...

—No admite la menor discusión, Chris, tú lo sabes. Después de todo, miss Arundel es culpable de cierta precipitación en los acontecimientos. De todos modos, hoy es el día señalado para nuestra desaparición. Sólo que he de realizar con urgencia un trabajo... Miss Arundel, sin duda, captó con toda claridad mi error, cuando recogí el pañuelito... Me di cuenta, ella me miraba... Vi su gesto de sorpresa. Naturalmente, no fui a trabajar. La estuve observando, la seguí cuando fue al centro cultural de invidentes... A ella y al agente del F.B.I. que la vigilaba. Cuando miss Arundel salió con mi libro de aquel centro, entendí que debía actuar directamente, sin vacilaciones.

—Un error casi sin importancia, ¿verdad? —dijo Chris.

—No hay errores sin importancia, Chris.

Chris la miraba de soslayo en aquellos momentos, miró otra vez a aquellos dos matones, a aquellos dos hampones de barrio chino.

Resultaba tan extraño... Era como ver dos cardos secos, moribundos, rodeando, creciendo, junto a un crisantemo.

—Muy cierto... —murmuró, por fin, Chris— No hay errores sin importancia...

—También miss Arundel cometió uno: yo creí que en cuanto saliera del centro de invidentes correría hacia el hombre del F.B.I. que la seguía, para explicarle la verdad. Pero no lo hizo. Supongo que miss Arundel es una joven poco... inexperta en ciertas cuestiones y ni siquiera se había dado cuenta de que era seguida. Como fuese, ese error me dio margen para atraparlos a los dos juntos. Era imprescindible. En estos momentos, nadie sabe nada de mí.

—Te equivocas, Florence. Hablé por radio con el agente especial que seguía a Piper.

—¿Y qué? Yo me he esfumado, Chris. No me encontrarán. A eso me refiero. Buscarán inútilmente a Florence Hazell, la cual jamás ha existido. Es decir... ha sido una efímera vida de tres semanas.

Chris se humedeció los labios.

—A ellos se les busca Florence —dijo— Son conocidos en los Archivos policiales. Henry Donovan, Nick Chandler y John Darrell... Cometieron la estupidez, por monstruosa ignorancia, de utilizar el fertilizante en un pedazo de césped de su casa de Riverside Drive. Ellos conocen muy bien los resultados, puesto que quemaron lo... lo que había crecido. Pero fue visto.

—Ya lo sé —dijo Florence— Y ellos lo temieron. Se pusieron al habla conmigo y les ordené desaparecer. Les indiqué que debían ocultarse en este buque. En un buen refugio y, por otra parte, yo estaba segura de poder localizarles, en el caso de precisar su colaboración.

—Florence... esos tres tipos son unos imbéciles, son tarados mentales... ¿Lo has comprendido? Juegan con un producto cuyos

resultados ni siquiera podemos...

—Eso está discutido, Chris.

—¿Y bien?

—No habrá explicaciones al respecto.

—Como quieras. Pero dudo mucho de que tu confianza en ellos sea total.

—No trates de sembrar cizaña, Chris. Las relaciones entre estos hombres y yo están muy bien definidas —dijo, secamente, Florence.

Chris miró a Henry y a Nick, que parecían algo hoscos. "Angut" dio nuevas muestras de inquietud, gruñía, gruñía...

—Cállate, "Angut".

Chris dijo, mirando a Henry:

—Os ejecutará cuando considere que ha llegado el momento.

Henry rio. Nick rio.

Los dos reían.

Más.

Florence se limitaba a una sonrisa tranquila, serena, pero miraba a Chris, quien empezaba a atar cabos, con el mínimo riesgo de una equivocación.

—¿Dudáis de que ella pueda mataros? —inquirió.

—Cierra ya la boca. Para decir majaderías... —graznó Nick.

—¿Cuándo la conocisteis? —inquirió Chris.

—Bien...

—Dejadlo, no importa —cortó Chris— Como sea, vosotros sois simple basura al lado de ella. Estoy convencido de que Florence os ha sentenciado, estoy seguro de que os considera un inconveniente peligroso. Ha admitido vuestros errores, vuestra estupidez, por obligación, supongo... Obligación hasta cierto punto, puesto que necesitaba ayuda... Vosotros, muchachos, sólo habéis chapoteado en este asunto, que es grave, mucho más grave de lo que imagináis. Ya dejasteis el sello de vuestra personalidad al matar a mister Tichy y a Flittner, agente del F.B.I. y al criado de Tichy... Luego... decidme: ¿a quién se le ocurrió la fabulosa idea de hacer ingerir a mister Couders una porción del nuevo fertilizante agrícola?

—A mí —dijo Henry— ¿Y qué? Eso nos ha divertido.

—Ya... Ni siquiera tenéis noción de que estáis jugando con la muerte, con el horror... Os divertía... ¿Sabéis qué ocurrió con el señor Couders?

—No ocurrió nada. Tuvimos que pegarle un balazo. El fertilizante no hizo efecto. Yo creía que le serviría de veneno.

—El fertilizante actuó, no os quepa duda. La flora intestinal de mister Couders se desarrolló de un modo monstruoso y supongo que no llegó más lejos el asunto porque las células de Couders ya estaban muertas, casi en su totalidad... El interior del abdomen de Couders era

un criadero de hongos gigantes, que le destrozaron... Yo vi los hongos. Crecían, crecían... Se incineró el cadáver. Era aterrador.

—Dios mío...

Fue un gemidito de Piper, que estaba aferrada a Chris.

Florence apretaba los labios, su mirada era dura, fría, en aquellos momentos, pero prefería mirar siempre a Chris ya que éste, en definitiva, sabía muy bien a qué atenerse con ella. En cambio, Florence de mirar a Henry y a Nick, éstos hubiesen podido adivinar algo...

—Eso es mentira —masculló Henry— ¡No ocurrió nada! ¡Nada!

—¿Por qué no lo pruebas, Donovan?

—Quizás te lo haga tragar a ti —masculló, nervioso, furioso, Henry Donovan— Sí... Seguiré divirtiéndome con eso... Las flores, el césped, sí creció, alcanzó esa hierbaja muerta una altura superior a la mía en sólo unas horas de la noche.

—¿Y qué vais a hacer con eso? —inquirió Chris.

—Ya no es cosa de ellos —intervino Florence— Bien... se ha alargado esta entrevista más de lo conveniente. Tengo trabajo.

—Lo imagino... ¿Sharks, o Flaggersly? Ambos vigilados por el F.B.I. —dijo Chris.

—Uno de ellos en efecto —dijo Florence— No es tan difícil de adivinar.

—No he pretendido sumar mérito alguno... Y pienso que habéis llegado demasiado lejos, Florence. Son muchos crímenes ya. ¿Quién citó a mister Couders, por teléfono, al hotel?

—Ese hombre.

—Y Henry y los otros esperaban, para matarle.

—Sí.

—Los crímenes, todos, los han cometido ellos, ¿verdad, Florence?

—Así es.

—Muy propio de ti, de tu astucia...

—Ya basta —dijo Florence— Vamos.

—Ni siquiera se te puede acusar del asesinato de miss Kenton, la secretaria del señor Tichy... Tú no envenenaste los bombones.

—No.

—Pero...

—Es todo por ahora, Chris. Son ya casi las tres. Esta tarde zarpa el buque, a primera hora de la noche, mejor dicho. Necesito tenerlo todo resuelto.

—¿Qué harás con nosotros?

—Decidiré en alta mar. Compréndelo.

—Sí... Por supuesto...

"Angut" soltó unos gruñidos, se había erguido.

Florence se había vuelto ya de espaldas a Chris y Piper, Tiró de la

correa y el perro la siguió. Florence salió de la bodega y los dos tipos apagaron la luz y cerraron la puerta. Se alejaban los rumores que producían. Chris notaba el temblor de Piper, que se había pegado a él.

—Chris... Chris, n..., no... no puede ser cierto lo de ese fertilizante... —susurró Piper.

—Lo es.

—Pero...

—Deja quieta la imaginación, Piper, te lo ruego. Olvídalo.

—No puedo... Es estremecedor...

—Lo mismo debió pensar mister Tichy, quien quiso poner en manos de Washington su descubrimiento. Pero alguien le acechaba, es obvio. Y me estoy refiriendo a Florence... Creo que podría adivinar muchas cosas de ella, casi todo, en realidad. Pero... dejemos los esfuerzos imaginativos. Quizás consigamos algo práctico buscando el medio de salir de aquí. No nos queda mucho tiempo, Piper. Anochece antes de las seis. Si no hemos salido del buque antes de que este zarpe...

—Pero... Chris... ¿ese fertilizante justifica tanta sangre?

Chris prefirió no responder. Era obvio que Piper no llegaba demasiado lejos en sus conclusiones con respecto a aquella monstruosa sustancia.

—Seguiré buscando la posibilidad de una salida —fue lo único que dijo Chris.

* * *

Lo único que Chris había conseguido era ver casi agotarse la carga del encendedor, la llamita apenas servía para alumbrar a más de dos yardas en torno.

Todo seguía igual: rumores del puerto, como si se encontrasen muy lejos de allí, no obstante.

Carreras de ratas, que tenían un poco histérica a Piper, la cual no estaba dispuesta, por nada, a soltarse de Chris. Este, por su parte, ante la inutilidad de su búsqueda, había decidido esperar, simplemente. Y allí estaba, con Piper, en un rincón muy juntos. Chris prefería no despegar los labios, para que Piper no captase su amargura, su desesperanza.

Y había transcurrido una hora y media, aproximadamente, cuando se empezaron a percibir extraños crujidos, en algún rincón de la bodega.

Como... como si algo de madera se resquebrajase, como si algo se rompiera allí dentro.

—¿Qué es eso...? —susurró Piper.

—No sé. Tranquilízate.

Seguían los crujidos, con más fuerza.

Y..., unos extraños chilliditos.

—Chris... son las ratas... —casi gimió Piper.

Chris notó que se rizaba el vello y se limitó a abrazar a Piper, besándola suavemente en los labios.

—Te dije que no dieras rienda suelta a la imaginación —musitó.

Un crujido más fuerte que los otros hizo estremecer a Piper. Unos chillidos extraños... Carreras, carreras furiosas...

Allí, en la oscuridad, apenas podían distinguir los contornos. —Chris... ¿qué sucede...?

—No es nada. Oh vamos, cálmate...

—SON RATAS, Chris, estoy segura...

CAPITULO IX

Por fortuna, Piper no podía captar la palidez de Chris en aquellos momentos. El hombre del F.B.I. intentaba soltarse de ella, mientras decía:

—Veré lo que hay, Piper.

— ¡No! No, rio... No vayas, Chris. Y no me dejes... Te lo suplico...

—Es preferible ver...

—Sí, estoy de acuerdo con eso, pero no esperes que me separe de ti.

—Como quieras... Creo que es al fondo.

—Sí, sí...

Un nuevo crujido.

Las ratas parecían correr, enloquecidas, por algo. Piper tenía que hacer tremendos esfuerzos para conservar el mínimo de calma. Avanzaba muy pegada a Chris, quien procuraba acercarse sin necesidad de encender su ya casi inútil encendedor. Los crujidos seguían y de vez en cuando, se producía alguno más fuerte que los demás. Y Chris creía ya haber localizado el punto exacto. Le pareció que era al fondo de la bodega, en un rincón muy húmedo. Era cierto que las ratas corrían alocadamente, como si huyeran de aquel lugar.

—Chris... llamemos a esos hombres... Tienen que sacarnos de aquí... —casi sollozó Piper.

Chris no abrió la boca.

Estaba sólo a tres yardas de aquel rincón. Extrajo el encendedor y prendió.

Vaciló la llamita y luego quedó quieta, proporcionando la suficiente claridad para que Piper mirase, incrédula, como el propio Chris, lo que estaba sucediendo en aquel rincón. Aquello verde, espeso, repugnante, que crecía y crecía, ante la mirada de ambos era musgo. Simple musgo, que había llegado a formarse con la humedad. Musgo verdoso que, en circunstancias normales, apenas hubiese sido visible. En todo caso, nadie le hubiese dado la menor importancia, musgo crecido al amparo de la humedad, simplemente. Modesto musgo sin mayor importancia. No obstante se estaba formando una densa masa, que crecía por momentos y los crujidos, estaban ya explicados, al menos para Chris: el musgo, en su crecimiento buscaba puntos de infiltración y buscaba grietas en el suelo de madera, en el rincón, o hacía gemir los tabiques.

Una masa ya grande, informe, creciente...

—Siguen divirtiéndose, es obvio... —susurró Chris— De todos modos, no corremos el menor peligro.

—Pero... es increíble, Chris... ¿cómo es posible?

—Tichy lo sabía.

—Sin embargo... ¡CHRIS! ¿QUE ES AQUELLO?

Chris buscó lo qué indicaba Piper, la cual estaba completamente estremecida, envarada, con los dientes cerrados como un cepo, mirando aquel brillo... Un brillo que, al bajar un poco la llamita Chris lo identificó plenamente: un ojo.

Además, podía verse ya el resto.

Piper soltó un grito agudo, largo, temblando, con el terror infiltrado en cada una de las células, ante aquella visión inesperada, repugnante, aterradora. Chris notó un desconocido temblor en su mano, al observar a aquella rata. Había crecido. No era como las pequeñas de susurrantes carrerillas... Era una rata monstruosa, que había alcanzado un pie de altura y tenía el cuerpo hinchado, como la cabeza, con los ojos saltones, brillantes...

Chris aumentó el terror de su visión con la fantasía de los hongos que no tardarían en brotar, fortalecidos por el fertilizante, hongos que reventarían al monstruoso animal.

—Está muerta... Está muerta... —pudo susurrar, por fin, Chris.

Había más.

Y algunas vivían...

Aquel era el rincón del horror.

Había más ratas que iban creciendo, en tanto sus células, sus estructuras, no fuesen destrozadas...

Chillidos... de agonía.

Crujidos.

El musgo crecía, crecía...

De súbito, se apagó el encendedor, agotada la carga.

Piper, entonces con el cerebro abarrotado de imágenes entre las que se mezclaba el musgo, las ratas gigantescas, el asco y el terror, volvió a chillar agudamente y con una fuerza increíble, tal vez a causa de una incipiente demencia, tiraba de Chris. Tiraba de él, hacia la puerta. Chris reaccionó y dejó de resistir aquella presión. Juntos corrieron hacia la puerta, sobre la que se abalanzó Piper, rota de miedo, golpeando la puerta con los dos puños, aplastada contra la madera, cayendo de rodillas, sollozando, tratando de decir algo inteligible...

Era inútil, sólo sus golpes, sus gritos...

De pronto, quizás la propia Piper había ahogado los rumores, se abrió la puerta.

El recuadro de luz.

Piper, enloquecida, saltó, sin pensar en lo que pudiera ocurrir, ella

necesitaba huir de allí. Sólo eso: salir de aquel terror inhumano.

Sin embargo, su salto fue bruscamente cortado por Henry, quien la golpeó en el estómago, dejándola doblada, con la boca muy abierta y los ojos rodando, sin control. Luego, la empujó de nuevo hacia la bodega y Piper, gimiendo, cayó de costado, cuando Chris tenía ya pegada la automática de Henry en el abdomen.

Chris, con rostro fantasmagórico, miraba a mister Flaggersly y a Florence. A ambos. Miraba también a Henry, que estaba ceñudo.

—Les invito a ver algo interesante —dijo, con voz ronca.

—¿Qué sucede? ¿Por qué esa histeria desatada de miss Arundel? —inquirió Florence

—Enciendan la luz de la bodega y vengan conmigo.

"Angut" aullaba en aquellos momentos, retrocedía.

Florence parecía estar pensando rápidamente, tratando de adivinar lo que ocurría.

Flaggersly, orondo, sonriente poco antes, parecía no pisar terreno muy seguro en aquellos momentos. El esperaba que el hombre del F.B.I. se asombrase al verle, que le halagara un poco con su asombro... Sin embargo, Chris Kenosha ni le hacía el menor caso, ni la situación era la que esperaba encontrar.

La voz de Florence:

—Encended la luz. ¡Quieto, Angut! ¡Quieto! ¡Angut...!

El fiero animal se soltó de su dueña, a la que casi derribó. Luego, gruñendo sordamente, avanzaba hasta que se perdió en la oscuridad. Se hicieron audibles nuevos crujidos y aquellos chillidos agónicos...

— ¡La luz! —gritó, histérico ya, mister Flaggersly.

Henry fue quien dio la luz, se encendieron todas las de la bodega, desvelando las sombras. Casi al instante, empezaron a sonar más agudos los chillidos y los gruñidos feroces de "Angut", sus ladridos... Desde aquella posición, era visible parte de lo que estaba ocurriendo, al fondo de la bodega, la gran masa de musgo y.... la lucha entre el perro y aquellas ratas moribundas, afectadas de súbito gigantismo, que morían o bien por rotura de sus estructuras, o bien ante la ferocidad de "Angut", que atacaba, enloquecido, a aquellos animales quietos, destrozándolos a dentelladas.

Chris, naturalmente, fue quien menos se impresionó.

Él ya lo había visto antes.

Los demás, estaban como convertidos en mármol.

—¡Matadlas! ¡Matadlas! —chilló, de pronto, Florence — ¡Angut!, vuelve... Matadlas a tiros, como sea... Y tendréis que detener el crecimiento del musgo, o nos inundará el barco... Estúpidos... Mil veces estúpidos...

Chris ya no quería ver más.

Estaba junto a Piper, a la que abrazaba, sin permitirle que ella

podiera mirar, la tenía estrechamente abrazada, inmovilizándola tratando de calmarla, mientras que habían llegado también John y Nick y sonaban disparos en la bodega, no trascendían por ser efectuados con silenciador.

Y la voz de Florence:

—Matad también a ese perro, a "Angut"... ¡Matadle digo! N..., no... no podría soportarle ya... Después de esto, no...

Por primera vez, Florence flaqueaba.

Mister Flaggersly estaba al borde del desmayo, silencioso como un muerto, incapaz de moverse y, lo que era peor para él, incapaz de quitar los ojos de aquel alucinante espectáculo, que jamás habría sospechado ver. Morir ratas, el perro, crecer el musgo...

Llegó más gente, el capitán del barco y uno de los tripulantes. Ambos empuñaban pistolas automáticas.

—Kendall —ordenó Florence— Llévese a los presos de aquí. No... no sería humano obligarles a permanecer en la bodega... vamos, obedezca. Enciérrelos en cualquier camarote y ponga vigilancia en la puerta. Vosotros, seguid destruyendo... ¡Acabad, acabad con eso...!

* * *

Cuando Florence y Flaggersly entraron en el camarote donde estaban encerrados Chris y Piper, aun se advertía la palidez del terror en todos aquellos rostros. Durante casi un minuto, se limitaron a mirarse, en absoluto silencio. Por fin Chris dijo:

—Usted, Flaggersly, no sabe lo que ha hecho...

—Cállese.

—¿Empieza a estar arrepentido?

— ¡Cállese!

—Volvería atrás si pudiera ¿verdad? Henry, Nick y John le obedecen a usted, en cierto modo ¿no es así? Diga que destruyan el fertilizante. Cuando robaron el maletín que lo contenía, debieron apoderarse también de la fórmula, que lo destruyan todo.

—No, no... Eso no...

—Vale dinero ¿no es así? Mucho dinero, que pagará Florence, según promete... ¿Sabe en qué quedará la promesa? En plomo... Ustedes sólo tendrán plomo, o algo peor... Ese será el pago de Florence.

—Se equivoca, Kenosha. Ella... siempre ha cumplido.

Chris pestañeó un instante. Miraba de soslayo a Florence.

—¿Siempre ha cumplido? —musitó Chris.

—Así es —dijo Flaggersly.

—Ya... Creo que entiendo...

—Ella, en otras ocasiones, me ha comprado fórmulas... Jamás han

sido como esta vez, es cierto. Pero... hemos tenido tratos en muchas otras ocasiones. Espionaje industrial, sencillamente. Ella daba las fórmulas a otros laboratorios y...

—Usted es un imbécil, Flaggersly. Usted y esos hampones no saben en qué manos han caído... No dudo de que en otras ocasiones Florence le comprase fórmulas, pero le aseguro que no iban a parar a ningún otro laboratorio nacional... En esta ocasión, tampoco. No dude de lo que le voy a decir: Florence es una espía. Tal vez rusa... ¿Sí, Florence?

—No.

Florence sonreía levemente.

—Es decir, sí.

—He dicho que no, Chris —dijo, suavemente, Florence.

—Está bien tú y yo sabemos la verdad. Y quiero que la sepa Flaggersly... ¿Vas a permitir que se la explique, Florence?

—Oh, sí... Hasta yo lo pasaré bien oyendo tus fantasías... ¿Qué le sucede a miss Arundel?

—Sólo está aletargada, una reacción del miedo. Una especie de catalepsia producida por un fenómeno histérico.

—Ya...

Chris miró a Flaggersly.

—En primer lugar, Flaggersly, dígame qué idea tiene de ese fertilizante —dijo Chris.

—Bueno... Lo consideraré un poco menos que los comunes que...

—¿Le comentó algo mister Tichy?

—Sí. A usted le mentí, Kenosha. Mister Tichy tenía confianza en mí. Sé que estaba asustado, no quiso hablarme esta vez, no abrió la boca. Y su viaje a Washington, incluso olvidando la cita con mister Couders... Además, su secretaria, miss Kenton, se mostraba también muy prudente...

—¿Ella lo sabía?

—Sí —intervino Florence— Al menos, hasta cierto punto. Yo me situé cerca de ella para saber en qué momento exacto debía actuar... —sonrió— Por cierto, pese al... gran cariño que profesaba a la pobre ciega Florence, ella no hablaba de sus cosas. Por consiguiente, tuve que recurrir a un aparato muy parecido al que me entregaste, para espiar a miss Arundel. Oh... aquella decisión tuya me satisfizo mucho, Chris. Era la seguridad de estar a salvo de sospechas por parte del F.B.I.

—Lo estabas, entonces, Florence. Es auténtico.

—Sí... El tonto detalle del pañuelito de encaje os costará la vida a ti y a miss Arundel.

—Muy lamentable...

—¿Preferirías que ella no hubiese descubierto la verdad?

—Lo preferiría, en efecto.

—No es muy propio de un agente del F.B.I.

—No me entiendes, Florence. Ella estaría a salvo y yo, de un modo u otro, habría llegado al fondo del caso. Pero, repito, ella estaría al margen. Y dime: ¿Era tan imprescindible matar a miss Kenton?

—No hablábamos de eso ahora... Es extraño... ¿Te has enamorado de miss Arundel?

—Tal vez.

—Bien...

—Quiero vivir, pero no con tu... pasión, Florence. Daba un poco de miedo —y Chris sonrió torcidamente.

—Había que dar verosimilitud a todas mis actuaciones... —suspiró Florence.

—Insisto: ¿Era necesario matar a miss Kenton?

—Sí. Sabía demasiado. Como Tichy.

—Ya...

Chris, entonces, se puso en pie. El camarote era muy pequeño, tenía dos literas, un par de taburetes, una mesita de noche vieja, rústica, una cortinilla para el "ojo de buey"... Chris miró a Piper que, en efecto, estaba en estado cataléptico, tras el feroz ataque a su sistema nervioso. Nada importante, de todos modos. Parecía sí una muñequita allí, tendida en una litera, con la minifalda hasta más arriba de la mitad de sus blancas piernas.

Chris hundió las manos en los bolsillos del pantalón y dio un corto paseo, para por fin, detenerse ante Flaggersly.

—Quiero que me escuche atentamente. Flaggersly —dijo— Florence no es estadounidense, no es una simple espía industrial, como usted cree y como ella le ha hecho creer, en otras intervenciones. Florence es una espía al servicio de un país enemigo del nuestro. Cabe ¿por qué no? que Florence, hasta ahora, se haya dedicado a trabajos más bien de ínfima categoría. No siempre un espía encuentra un gran asunto en su camino. Florence, en esta ocasión, ha dado con ese gran asunto y es obvio que para ella no existirá el retroceso, la marcha atrás, por nada.

—Creo que está exagerando, Kenosha y...

—Siga escuchando por favor —gruñó Chris.

—Mire... si lo que pretende es...

—Espere. ¿Cuánto le ha prometido?

—Dos millones de dólares. ¿Le parece bien?

—No está mal... ¿De dónde va a sacarlos?

—Eso no es cosa mía... ¿Sabe? en todo caso también este es mi "gran asunto" mi gran oportunidad. Dos millones de dólares. Hay cosas que no importan, ¿comprenden? siempre y cuando ese dinero acabe en mi poder.

—No cobrará jamás. ¿Adónde cree que llegará con Florence, en

este buque?

—Bueno... una vez en Jamaica...

—No diga tonterías, Flaggersly. Usted no llegará jamás a Jamaica. Nunca. Diga: ¿Quién ha buscado esta vía de escape? Me refiero a este carguero con pabellón jamaicano.

—Florence.

—Era de esperar... Este buque es... parte del juego de Florence, forma parte de su organización en Estados Unidos, en su punto de huida en determinado momento... Flaggersly, usted está metido en las redes de Florence. Le repito que ella es una espía al servicio de un país enemigo del nuestro. Florence, por fin insistió, ha encontrado un gran asunto: algo que le proporcionará gran prestigio... merecido desde el punto de vista del espionaje, aunque algunas cosas hayan sido auténticas chapuzas.

—Acabemos, Kenosha —gruñó Flaggersly— Para mí, lo que cuentan son los dos millones de dólares. Florence puede ser espía, o...

—Vaya... así las cosas están mucho peor —musitó Chris— Usted entonces, es un traidor al país, Flaggersly.

—Oh, vamos Kenosha... No hago más que vender la fórmula de un simple fertilizante...

A Chris parecía que los ojos iban a saltarle de las cuencas en aquellos momentos, mirando con fijeza a Flaggersly.

—No sabe lo que dice... —musitó, conteniéndose— ¿Usted de veras cree de escasa importancia ese producto? ¿No lo ha visto con sus ojos?

—Oiga, no sea necio. No creo que los rusos, o quienquiera que sean, se dediquen a alimentar con eso a las ratas...

—Tal vez haya cosas peores. Y usted no lo ha pensado, pero Florence sí. Y yo también. Nuestra mentalidad... por fortuna, es distinta a la de usted. Sepa, Flaggersly que ese producto, ese fertilizante, podría convertirse en un arma devastadora. Le pondré algunos ejemplos: Imagine las junglas del Sudeste Asiático. Emplee ese fertilizante en ellas y le aseguro que conseguirá una maraña vegetal tan inextricable, que nadie, jamás saldría de ella. Nuestros enemigos conseguirían, por otra parte, diez veces más, o veinte, o treinta, producción agrícola que nosotros, lo cual sería desastroso en tiempo de guerra...

—Usted habla de guerras y yo no pienso que...

—Usted sólo ha pensado en su beneficio, Flaggersly ya lo sé —contestó Chris— Pero déjeme seguir... Imagine usted una plantación algodонера pongamos por caso, con un acto de sabotaje, agregándole ese fertilizante en una medida poco prudente, no controlada, esa plantación se convertiría en una monstruosa ruina de estructuras destrozadas, sin valor. Imagine una ciudad, una avenida con árboles... Sus raíces causarían destrozos horribles al penetrar en la tierra,

causarían grietas, derrumbamientos. ¿O no consigue imaginarlo? No es lo mismo echar una gota del producto, que emplearlo en grandes cantidades. Lo importante es la fórmula, ¿se da cuenta? Su poseedor puede fabricar cinco gramos o. cinco millones de libras, según sean sus propósitos.

—¡Está exagerando! —chilló Flaggersly, impresionado. —No... No, no.

—Pero ellos no... no lo emplearían para la guerra, sino para la paz, para mejorar sus cosechas...

—También, también... Y para la guerra, para sabotajes, insisto. Central Park, pongamos por caso, podría convertirse en dos días en un bosque que destrozaría la ciudad con sus raíces... Yo sé que sus hombres abonaron unas simples hierbecillas con el fertilizante y esas pequeñas hierbas, casi sin vida, hierbas que ellos pisaban cada día, crecieron hasta alcanzar la altura de un hombre. Y no más porque las quemaron.

—Bien...

—¿No es una prueba?

—Pero yo...

—Estamos ante algo que hay que destruir, Flaggersly.

—Ni lo sueñe.

—Como quiera... ¿Qué más puedo decirle, para que comprenda el peligro? Ya no alegue ignorancia, Flaggersly. Sabe que vende un arma terrible a una espía enemiga. Un arma que puede convertir Estados Unidos en un bosque inimaginable... Son tantas cosas... Oleoductos también. Se siembra cerca de ellos y las raíces destrozarían las tuberías... Algas en el mar... Todo, Flaggersly, todo.

—Usted sólo hace que fantasear.

Chris miró a Florence.

—¿Tú también lo crees así, Florence? —inquirió.

—Casi me aterra oírte hablar, Chris. Admito que... podrían conseguirse algunas de esas cosas que has dicho. Y no haría falta personal especializado, ni movilizar espías, ni soldados. Hombres modestos, vulgares, con un poco de fertilizante en su poder, sólo eso.

—En efecto... ¿Lo ha oído, Flaggersly?

—No me importa. Yo estaré lejos de Estados Unidos si llega a ocurrir algo de eso.

—Usted y sus tres hampones... —murmuró con amargura, con desprecio, Chris— Son torpes, nulos mentalmente. Sus hampones han estado jugando, pasándolo bien, con sus pruebas... Deben estar maravillados como monos mal amaestrados... De todos modos, insisto en esto: están en manos de Florence, ustedes han caído ya en su organización, en este buque. Florence ya no les necesita. Florence, de buena gana, hubiese ejecutado a sus tres matones, Flaggersly, de

haber tenido antes el fertilizante en sus manos. Florence sabe que no es posible el éxito trabajando como lo hacen ellos. Se deshará de ustedes. No les necesita, piénselo.

Flaggersly miró a Florence.

Ella sonreía.

—¿Se ha dejado impresionar, Flaggersly? —inquirió.

—Bien... Usted, realmente, tiene una mentalidad muy poderosa, lo ha demostrado en todo momento, incluso para despistarme de la vigilancia. Para ser una simple espía industrial es demasiado...

—Pero usted ha dicho que le interesan los dos millones de dólares prescindiendo de todo lo demás.

—Sí... Lo he dicho. Vamos, Florence. No quiero hablar más con Kenosha.

—Sí, vamos. Dígales a sus hombres que dejen de manejar el fertilizante. Ya basta de sus cosas de auténticos idiotas, ¿comprendido? Han estado a punto de causarnos un serio disgusto. Ese musgo... hubiese podido causar daños irreparables al buque, Flaggersly... Y las ratas...

—Descuide. No lo usarán de nuevo. Dentro de media hora, a lo sumo, zarparemos. Kendall tiene en orden los requisitos de salida, por tanto, no habrá la menor traba.

Chris había inclinado la cabeza.

Tenía media hora de tiempo...

Sólo media hora.

Pero su mente sólo hilvanaba visiones de hongos, musgo, ratas, todo de monstruosas proporciones...

Piper seguía desmayada.

Se había cerrado la puerta del camarote y Chris trataba de reaccionar, para hallar algo práctico.

CAPITULO X

El capitán del carguero, Kendall, penetró en el camarote de Florence y dijo:

—No me gusta, Olga. Están los cuatro reunidos y discuten. Delante de dos botellas de "whisky", además. Son incluso capaces de emborracharse. Creo, además, que Flaggersly ha asimilado bastante bien lo que puede significar ese producto. Personalmente, creo que ha llegado a la conclusión de que incluso puede doblar su petición, es decir, cuatro millones de dólares, por lo menos.

Olga Yedorovna miró a Kendall con sus enormes ojos negros.

Asentía con movimientos de cabeza.

—Temo que dejé a Chris Kenosha hablar demasiado —dijo— Pensé que rio tenía importancia, pero Flaggersly, en definitiva, sólo tiene alma de "gángster"... No ha reaccionado en favor de su país, de Estados Unidos, pero es cierto, reacciona en favor de sí mismo. Pueden incluso ponerse molestos.

—Exacto, Olga. Es lo que temo.

—¿Dónde están?

—En el camarote que reservamos para Flaggersly.

—Está bien.

—¿Qué vas a hacer?

Olga miró a Kendall de un modo extraño. De pronto, esbozó una leve sonrisa.

—Chris Kenosha lo hubiese adivinado ya —dijo— Déjame ahora.

—Bien... Zarparemos dentro de quince minutos.

—Me sobra tiempo.

Kendall vaciló un poco, pero optó por salir. Olga, entonces, se dirigió hacia el cabezal de su litera, detrás había un hueco, con un pequeño arsenal. Olga realizó un breve cálculo y sus pequeñas y bonitas manos tomaron un par de objetos y arrastraron luego una especie de máscara.

Olga vestía jersey, minifalda y botas en aquellos momentos, se veía juvenil, en verdad atractiva con aquel cabello negro, largo, liso, el fino rostro, su boquita un poco apretada... Salió de su camarote y se deslizó, sin ruido, por el pasillo. Poco después comprobaba que Flaggersly, con sus tres matones de ocasión, estaba tramando algo. La puerta estaba cerrada, pero no habían tomado la precaución de dar la vuelta a la llave, sería fácil abrir.

Olga, quieta frente a la puerta, reflexionaba aún. No habían

esperado verse obligada a actuar tan pronto, pero aquellos hombres sólo sabían que cometer errores, estúpidos errores...

Oía sus voces.

Hablaban demasiado alto...

Se decidió, por fin.

Se puso la máscara, que le cubría la nariz y la boca, los accesos del aire, que se tornaría irrespirable dentro de unos instantes. Y Olga ya preparada, abrió la puerta del camarote, entró y cuando aquellos hombres que aún no comprendían, empezaban a ponerse en pie, las dos ampollas de gas mortal habían reventado ya contra el suelo y los vapores se expandían rápidamente.

Olga, pegada la espalda a la puerta, automática en mano, esperaba, sabía que era cuestión de segundos, como máximo, treinta.

Henry, Nick John... Estaban enrojecidos, sudorosos. Henry ya caía de rodillas. John quiso dar un paso hacia Olga, pero quedó en el camino, de bruces, muerto, mientras que Nick caía de bruces sobre la litera como preso de un sueño invencible.

En cuanto a Flaggersly, orondo, grueso, elegante, calvo... muerto.

Flaggersly, menos vivo de movimientos que los otros, ni siquiera había llegado a ponerse en pie.

Olga les miraba, simplemente, sin expresión alguna. Cuando creyó que ya todos estaban muertos, fue hacia donde estaba el maletín, con lo que quedaba del producto, de la muestra y los papeles en los que constaba la fórmula. Lo tomó y prefirió no abrir, de momento, el "ojo de buey" ante la posibilidad, por remota que fuese, de que el gas pudiera ser percibido desde el exterior, con el consiguiente peligro.

Desde el pasillo obturaría el resquicio que dejaba la puerta por debajo y en paz. Salió, pues, rápidamente, quedando ante Kendall, no poco nervioso. Kendall pestañeó y miró con asombro, pero en silencio, a Olga, al verla con la máscara y con el maletín. Olga se quitó la máscara y dijo:

—Poned algo por debajo de la puerta, para que no pase el gas aquí. El peligro no durará más allá de cinco minutos.

—Bien... Lo has conseguido, veo.

—Ciertamente.

—¿Y.... el hombre del F.B.I.?

Olga reflexionó unos instantes. —

—Sí, —dijo— Ahora mismo. No conduce ya a nada concederle un margen quizás prolongado a ese hombre... Ahora mismo, Kendall. Tú ve a dar esa orden y baja de nuevo. Te espero.

—Bien...

No había solución. Chris Kendall, sudando angustiado, entendía ya que lo de Piper era una auténtica conmoción. Vivía, viviría, sí, pero requería cuidado médico para que no ocurriese algo irreparable. Piper había recibido aquella tremenda impresión por sorpresa, en cambio, los demás no. Los demás, más o menos, habían sabido a qué atenerse...

¿Y a qué conducía pensar en eso ahora, cuando el buque estaba a punto de zarpar?

Chris oyó pasos.

Alguien se acercaba allí.

Sin meditarlo, se dirigió hacia la puerta, colocándose detrás, sin más armas que sus manos desnudas, esperando, tenso, doloridos los músculos. De pronto se abrió la puerta.

Entró Olga. Al principio, durante un segundo, parecía no saber a qué atenerse, al no ver a Chris. No obstante, reaccionó vivamente luego, aunque con el suficiente retraso para que la puerta, empujada por Chris, la alcanzara de lleno en todo el flanco derecho, incluido, el hombro y el brazo, por lo cual su disparo careció de efectividad y perdió el equilibrio, obstaculizando la acción de Kendall, cuando éste quiso entrar.

Kendall, alarmado, apartó de un empujón a Olga y cuando estaba ya frente a Chris, éste había lanzado un salvaje puntapié, que alcanzó a Kendall en el bajo vientre, el jamaicano, con los ojos marrones a punto de saltar de sus cuencas, se inclinaba cuando un golpe de "karate" en pleno cuello le tiró rodando por el suelo del camarote.

Olga quiso retroceder y afirmar la puntería, pero ya el hombre del F.B.I. lanzaba la diestra, de canto, casi partiendo el hombro de Olga, la cual palideció ostensiblemente, sin tiempo a gritar puesto que Chris le pegó de nuevo, aquella vez machacándole el rostro:, nariz, boca y ojo derecho, con el durísimo canto de su diestra.

Casi sin sentido, Olga quedó apoyada en el quicio de la puerta.

Su pistola estaba en el suelo.

Chris se inclinó.

Giró al oír el leve jadeo de Kendall, que se aprestaba a disparar. Chris convertido en una fiera, apretó por dos veces el gatillo, chascaron apagadas las detonaciones y los plomos se hundieron en el pecho del tipo, dejándole en el suelo, en cruz de cara al techo.

Olga había retrocedido hasta el pasillo, tambaleante, escasa de fuerzas.

¡Ya basta, Florence, regresa! —masculló Chris.

Ella corría por el pasillo.

Tenía el maletín en su camarote y desde allí, además, podía avisar a los tripulantes, que, prácticamente, estaban ya poniendo en marcha el buque, se oía la sirena de aviso ya que, en torno al buque, en el

muelle, todo era bruma, oscuridad, en aquellos momentos...

¡Florence, voy a disparar...!

Ella no se detuvo y Chris corrió detrás, logró evitar que ella ya dentro del camarote, cerrase la puerta.

Empujó aquella puerta y Olga rodó por el suelo, al no resistir el fuerte impulso de Chris. No obstante, Olga aún reaccionó y corrió hacia la litera, hacia el cabezal, metió la mano en el hueco, pero antes de que la sacara ya estaba Chris junto a ella, le pegó con la pistola en el hombro, por dos veces, Olga se limitó a emitir un ronco gemido de dolor y se revolvió, sacando la mano del hueco, lanzando los dedos índice y anular rígidos, hacia los ojos de Chris, quien apenas pudo esquivarlos.

Al echarse hacia atrás, dejó que su mano quedase entre las dos de Olga, quien trató de hacer una presa de "jiu—jitsu", dolorosa, quizás con fractura, pero Chris reaccionó inmediatamente, lanzando la zurda, de canto, a la base del cuello de Olga, que recibió el impacto de lleno.

Olga ni se estremeció, cayó fulminada.

Chris iba a salir del camarote, con el maletín en la mano izquierda, pero dos hombres de la tripulación se acercaban, recelosos, normalmente, el capitán debía estar con ellos en el momento de zarpas.

— ¡Capitán!

—Eh, capitán...

Chris se pegó a la puerta.

Los dos tipos llegaron frente a aquel camarote y oyeron gemir a Olga. Inmediatamente penetraron, para tropezar con Chris, quien disparó a matar, dispuesto a no seguir corriendo riesgos. Tuvo que clavarle dos balazos a uno y casi arrancarle la cabeza a otro, mientras que Olga, escurridiza, hábil, estaba con las manos en el hueco de nuevo, de donde extrajo una granada de mano. Mordió la espoleta, e iba a tirar la granada contra Chris, cuando éste, súbitamente helado, tiró a matar.

Falló. Olga había dado un salto de costado, pero perdió el equilibrio y la bomba se le escapó de las manos.

Chris, inmediatamente, se dejó caer al suelo, protegiéndose la cabeza con los dos brazos. No obstante, el estallido no fue en absoluto espectacular, aquello era una granada incendiaria y una intensa llamarada ocupó, de pronto, casi todo el camarote.

Entonces sí se oyó el grito de Olga—, terror, dolor, locura... Chris la vio, por entre la enorme llama, envuelta en ella, desfigurada por el dolor.

Chris, de rodillas, vaciló un par de segundos. Olga quería salir y él pensó rescatarla de aquella muerte, pero las llamas habían prendido ya en todo el mobiliario de aquel camarote y amenazaban con cegar la

salida, con extenderse rápidamente hacia la puerta, con lo cual Chris se habría visto en la misma situación que Olga, la cual era un puro aullido de horror en aquellos momentos.

Chris, con el rostro tan rojo como las llamas, brillante a causas del sudor, que le brotaba, a gruesas gotas, a enormes gotas, vacilaba aún. Cuando decidió retroceder, recordó el maletín.

Estaba casi en el centro del fuego...

La fórmula, el fertilizante...

Allí, en el centro de la gran hoguera que empezaba a ser el camarote.

Olga había callado ya.

Estaba retorcida, en un rincón.

Chris no lo pensó más. Así era mejor, mucho mejor... Aquella fórmula, descubierta sin duda casualmente, por un fenómeno en el que no había intervenido la voluntad de Tichy, su creador, se quemaría para siempre, no sería útil a nadie, cierto, pero tampoco causaría más pánico...

Chris consiguió, por fin, salir.

Cerró la puerta.

Corrió hacia el camarote donde estaba Piper, entró, la tomó en brazos, sin el menor titubeo y salió de allí, dirigiéndose hacia las escalerillas de acceso a cubierta. No obstante, se detuvo a medio camino. Había más gente arriba, sin duda, en las máquinas... Podían ser dos, tres cuatro tripulantes más... Retrocedió, con Piper en brazos, hasta meterse en el despacho del capitán. Soltó un sonoro suspiro de alivio al ver que como esperaba, había sistema de comunicación allí dentro, por lo cual sólo tenía que buscar la frecuencia que le pondría en contacto directo con el inspector O'Manney.

Lo consiguió. La voz del inspector:

—O'Manney a la escucha.

—Chris, señor.

— ¡Chris! Informe rápidamente.

—Parece que haya adivinado la urgencia, señor. Estoy en un buque de pabellón jamaicano, cuyo nombre es "Ironwood". En el muelle 68. Está a punto de zarpar... Es cuestión de un minuto, si es que ya no nos hemos puesto en movimiento. No soy capaz de notar eso en estos momentos señor. Llame a la patrulla de esa zona del puerto. Oh, Hudson River, claro... El buque corre peligro cierto de incendio. Por tanto, que acudan también esos servicios y ambulancias...

—Antes de cinco minutos están ahí, Chris. ¿Puedes aguantar?

—Sí... sí creo que sí señor... No más de cinco minutos... —Descuida. Pongo en marcha todas las fuerzas de los muelles. Ya no digas más. Corto.

Chris tiró los auriculares y respiró hondo.

Se acercó a Piper.

Acarició el fino rostro de la muñequita. —Pronto estarás a salvo...
—susurró.

* * *

Aquel tipo abrió la puerta como si entrase en su casa.

Un tipo con cara de ogro, alto, fuerte, duro... Un tipo que, pese a su cara, a su ceño, aquella mañana parecía un niño risueño, con una sonrisa ancha, alegre, sincera... Y llevaba en la diestra un precioso ramillete de orquídeas, metidas en una caja, con la tapa de celofán.

En la cama de la blanca y alegre habitación del hospital, Piper, sentada, le miraba con los ojos muy abiertos.

—Nena... con todo mi amor... —musitó Chris.

Le dejó las orquídeas entre las manos y la besó en los labios.

Piper pestañeaba.

Estaba como loca de contenta.

—Chris... Oh, Chris... ¡que alegría...!

Chris alzó las cejas.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Pues... no sé... Pensé que... que me dejarías... Fui tan débil, tan...
No sé... Sufrí un desmayo que...

—Es natural, nena. Me he informado por el doctor y afirma que actuaron tus defensas para detener el fuerte choque. Tu organismo se defendió con ese desmayo. Demonios, dejemos eso... Estabas en peligro de muerte, viste aquello... Fue una lógica reacción la tuya, ¿de acuerdo?

—Sí tú lo dices, Chris... Son preciosas... las orquídeas, claro.

—Me alegro de que te gusten. Yo... quiero hacerme perdonar algo, Piper ya sabes...

Ella rio.

—Tonto —dijo— Te quiero tanto, que nunca, nunca, por nada, podré guardarte el menor rencor. Chris... siéntate aquí ¿Quieres? Dime ¿qué pasó allí... en el buque?

—Se quemó.

—¿Se quemó? Pero... ¿Florence y....?

—Se quemó. Lo que debía quedarse, se quemó Piper, eso es todo. Incluyo la fórmula y la muestra del fertilizante. No volveremos a hablar de esto jamás, ¿de acuerdo? Ha sido la fórmula del silencio. ¿Olvidado?

Hubo un pequeño destello en los ojos de Piper y Chris comprendió, algunas cosas no se olvidan tan fácilmente... Pero él estaba allí para algo, demonios, para algo más que estar de pie y decir tonterías que no iban al caso con la muñequita... que estaba allí como una niña,

pero..., mirándole como una mujer, mostrándole unos deliciosos labios de mujer... Y..., ejem, el escote era un poquito descarado en aquellos momentos...

—Chris... ¿qué esperas? —susurró Piper.

—Nada, amor... Nada...

—Ven...

F I N

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145- USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.